

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

*“La búsqueda de la redención por medio del conocimiento de sí en  
el personaje femenino de la novela: ...no será Dios”*

TRABAJO RECEPCIONAL

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO

EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

**Daniel Laguna Cortés**

Directora del trabajo recepcional

**Lic. Mónica Lavín Maroto**

México, D.F., Octubre, 2015.

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

### DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

## CONTENIDO

❖ Agradecimientos	
❖ Dedicatoria	
❖ In memoriam	
❖ “La búsqueda de la redención por medio del conocimiento de sí en el personaje femenino de la novela: <i>...no será Dios</i> ” (Poética) .....	1
❖ Bibliografía .....	33
❖ Discografía sugerida .....	35
❖ <i>...to será Dios</i> (Novela) .....	36

## AGRADECIMIENTOS

A mi directora de trabajo recepcional y guía en la travesía de las letras:

**Mónica Lavín Maroto**

A mis profesores sinodales, con quienes caminé junto en la preparación de este trabajo recepcional:

**Armando Alanís Canales, Isaí Moreno Roque, Gerardo Fulgueira Ramírez, Óscar Martínez Vélez.**

A mis profesores y acompañantes en el sendero de la narrativa:

**Gustavo Humberto Lizárraga Maqueo, Adriana Azucena Rodríguez Torres, Pilar Morales Lara, Héctor Carreto Contreras, Fernando Pacheco Muñoz y Gabriela Valenzuela Navarrete.**

A mis compañeros y amigos:

**Coni Carreto Carrasco** (por su invaluable apoyo en la revisión de *...to será Dios*),

**Daniela Yessica Montañez Salinas “Dany de Sal”, Maricruz Cruz Ortiz, Efraín Ramírez Cerrada, Jorge Córdova Monares, Óscar Granados Morales, Cristina Carreón Marín, Karla Corral Uribe y Roberto de la Fuente Magallanes (y Difusión Cultural, UACM).**

Asimismo, quiero agradecer a mi casa de estudios,  
**Universidad Autónoma de la Ciudad de México,**  
por el apoyo para la impresión y empastado  
de este trabajo recepcional.

# In memoriam

## **Francisco Laguna Cortés**

Hermano mío, por tu gran claridad de ser y tu incansable búsqueda del camino de Dios.

## **Francisco Gildardo Laguna Cornejo**

(A tan sólo unos días de tu muy triste fallecimiento)

Padre mío, por tu inconmensurable legado de la música y el Rock & Roll  
que tanto amaste, y la afable herencia de su interpretación instrumental.

Asimismo, señor entusiasta del orden.

Siempre mi amor les pertenecerá.

Seguro estoy de nuestro futuro nuevo encuentro, claro que sí.

## **DEDICADO A**

A mi amada madre, protectora y luna rutilante siempre en vigilia al toque de diana:

**Laura Cortés Andrade**

A mis queridos hermanos:

**Julio Armando Sámano Cortés**

**Hugo Ricardo Laguna Cortés**

A mis cucos sobrinos:

**Yaelito Uriel Laguna Vargas**

**Hugo Alejandro Laguna Ramírez**

Así, a:

Proyecto **ASCESIS**

*“La búsqueda de la redención por medio del conocimiento de sí  
en el personaje femenino de la novela: ...no será Dios”*

Poética

En mi propia experiencia entender al sujeto ha sido la lección más significativa del viaje espiritual. Hasta que me di cuenta de mi propia conciencia en meditación, no me conocía a mí mismo como un ser consciente. Como la mayoría de las personas, daba por hecho que tenía conciencia, al igual que daba por hecho la presencia del mundo material. Cuando comencé a meditar, empecé a experimentar mi capacidad de percibir mi propia vida, luego, mi conciencia de esa percepción fue cambiando mi relación con lo que veía —con mis reacciones, por ejemplo, y con mis propias emociones. Me volví un testigo de mi vida. Empecé a tomar las cosas de un modo menos personal y así pude relacionarme de una manera más significativa con el mundo que me rodea.

Swāmi Shāntānanda

En la presente poética opté por abordar el tema de la búsqueda de la redención por parte del personaje femenino de mi novela: *...no será Dios*, pues, es para mí, el cultivo de la fe de vital importancia y tema ontológico del pensamiento mágico por antonomasia. Y será, precisamente Luisa —protagonista de esta historia— quien, de acuerdo al momento histórico que se vive en un pueblo imaginario del México de primera mitad del siglo XX (1947, para ser precisos) llamado San Idilio quien emprenderá, como la misma Antígona, el camino en búsqueda de una conciencia individual. En la eterna exploración de su identidad femenina y de sus distintos 'yoes' comenzará a hilvanar su propio desafío, en tanto una sociedad reprimida y represora por normas religiosas, políticas, económicas y de desigualdad de clases la condenará al silencio por su carácter de mujer.

*...no será Dios* presenta un personaje femenino de personalidad sobreexcitada y lleno de contradicciones existenciales que se muestra transgresor de reglas y prohibiciones establecidas a partir de una incansable búsqueda de sí.

Un constante enfado con ella misma y, en consecuencia, con su Dios cristiano, fue fecundado en su interior desde sus primeros años de vida debido al constante lidiar con una educación expresamente religiosa, así como con un riguroso reconocimiento de las Sagradas Escrituras como único principio de vida.

De personalidad obsesiva, Luisa presenta patrones desordenados de conducta y mantiene, como la mayoría de los lugareños, una doble moral en su diario proceder (posible herencia de una tradición oscura y meramente esotérica que distinguió, de muchas décadas atrás, al pueblo de San Idilio).

Cierto es que el catolicismo imperante y la cultura patriarcal de la época hicieron que Luisa y demás personajes se rebelasen desde su naturaleza más íntima, y con ello comenzaran a desfijar poco a poco los clavos imaginarios atravesados en sus manos y pies.

A lo largo de los eventualidades de la novela, Luisa contravendrá su espacio, su religión, la memoria tanto de su padre (desaparecido veinticuatro años atrás) como de su madre, y así hasta desafiar la figura divina. La constante búsqueda de sentido de sí le hará caer en desobediencia, ésto será el comienzo de ruptura de la tradición, del estatus patriarcal; una ruptura de la imagen del padre/esposo, hasta resultar todo ello en una incipiente pero desdibujada espiritualidad.

Ciertamente, la ausencia del padre en la vida de Luisa impondrá la sacudida del abandono en su universo personal, esto consignará, por tanto, la idea errónea de lo que «debe ser» y sin ello «nada es», es decir el «todo o nada». Así, la desaparición de la madre un año antes (momento en que comienza la novela) deberá entenderse como la posibilidad de liberación para la protagonista de la historia. Antes bien, su actual inactividad la escindirá de imaginar, aun de soñar. De ahí que su franca emancipación, en conjunto con un juicio afectado, la conducirán a un categórico cataclismo.

¿Se trata, entonces, *...no será Dios* del fatal rompimiento de la tradición y de la fe religiosa, ya producto de un evidente enfado con Dios, ya por el desvío de los entenderes cabales de la realidad a causa de las propias experiencias no afortunadas de la vida? Sin duda, sí.

La edad de la protagonista (34 años) merece una lógica aparte, pues no es mucho de esperar que una mujer de esta edad nunca se haya procurado en casi ningún aspecto de la

vida. Es en este punto en que Luisa comienza a experimentar cierta soberanía a partir del goce del libre albedrío para —con el uso del mismo— conducirse de su propia mano y franquear así su dimensión personal. En consecuencia, se aventurará a nuevas costumbres y maneras de ser (incluida una práctica infractora de la sexualidad sumamente espinosa) pero desobedeciendo, con ello, la moral y la religión inculcadas en ella desde muy pequeña

*...no será Dios* es un relato cruel en donde puede leerse una realidad enemiga con la protagonista misma pero también con casi la totalidad de los personajes inscritos en el relato. La novela retrata la vida difícil de Luisa; una existencia de *irrupciones* y *escabullidas* de estados emocionales, cual si actor dramático entrase y saliese de la presentación teatral en sus distintas intervenciones.

Por otra parte, el título muestra —de entrada— los tópicos a tratar, pues posiblemente sea Dios el antagonista “oculto” de la historia, al tiempo que Luisa deja ir todo su enojo y muestra una irreverencia inconducente en la mayoría de sus actos, quebrantando así sus costumbres cristiano-ortodoxas por medio de la negación de aquél. El título introduce semas de divinidad y esperanza pero a la vez de desaliento y desamparo.

“...no será Dios” se explica en una escena dentro de la novela cuando, dada una situación comprometedora en la que tocan a la puerta del apartamento de Luisa, ésta sentencia que no puede haber más problema mientras que no sea Dios quien desee encontrarse con ella. O bien, “...no será Dios” es tener, Luisa, la esperanza de que alguna vez Dios toque a su puerta (no sin saber que nunca lo hará, pues como señaló Nietzsche —seguramente al escuchar que llamaban a su puerta—: “La esperanza prolonga la tortura”). Bien el título podría explicarse así: “*...no será Dios* quien llama a la puerta”.

(Quizás, la novela en razón, pudo haber llevado el título de *Concupiscencia*, pues ciertamente, en este relato, la redención no se hará presente y Luisa, al no existir posibilidad de salvación, terminará por abandonarse dentro de ella misma.)

Las jerarquías de género, los preceptos de familia y la horfandad de padres, las prescripciones dogmáticas y mandatos sobre los placeres carnales y el derecho sobre el propio cuerpo, la problemática social y pobreza económica que vulneran la paz de una comunidad, serán los motivos para que Luisa —en su desesperada búsqueda de redención— entable una constante negación de Dios por medio de sus actos y trastoque el cumplimiento de las disposiciones morales y sociales.

El caos que ahora la protagonista vive es originado debido a la constante lucha del reconocimiento del propio ‘yo’ y el replanteamiento de éste a partir de hechos específicos: el conocimiento y encuentro de ella y con ella misma una vez que se encuentra sola.

Luisa *es* una serie de caminos sinuosos todos ellos comunicados a partir de un sitio en particular: ella misma. En este momento específico, más que evicciones, son tirones de la vida misma que la obligan a extenderse hacia los límites de su propio ser, esfera donde la tensión puede ceder y la existencia romperse. (Claro está que dichas ramificaciones de sí nacen de senderos particulares, de momentos concretos de su existencia.)

De suerte que, para la protagonista, su “momento” posiblemente llegó un tanto retrasado, pero, “...así como en la vida de Luisa su despertar tuvo lugar a partir del instante en que un recipiente de vidrio para envasar leche seccionó parte del brazo de la madre causándole la muerte por desangramiento”, el tiempo coloca todo en su justo lugar. Al respecto hay quien dice que esto llega a suceder “más pronto que tarde”, otros más que

“más pronto que temprano”, dejando claro que temprano sería demasiado tarde... Es el caso (pero de manera inversa) del personaje principal de *El amante* de Marguerite Duras, para quien el tiempo había pasado demasiado rápido: *Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde. A los dieciocho años ya era demasiado tarde. Entre los dieciocho y los veinticinco años mi rostro emprendió un camino imprevisto. A los dieciocho años envejecí.*

En analogía con la acción de recortar un determinado segmento del carrete fílmico de la historia del personaje principal con duración de una semana, la novela corre a modo de epígrafe para describir el mundo total de ella. Es por ello que la obra comienza *in media res*.

Ocurre que el tiempo llegó con toda su remesa de experiencias. Era, pues, el momento de purificarse y, para ello —antes que nada— Luisa tendría que escuchar la batahola de exigencias dentro de su cabeza y comenzar a sondear el laberinto de su propia existencia para poder así darle el tan anhelado sentido.

*...no será Dios* es un espacio en el que a Dios se le permite coexistir con los personajes, en el que se le otorga un lugar (y no precisamente en su categoría deferente). Un territorio en el que Dios opera como herramienta necesaria para asistir a la protagonista a modo de que ésta pueda revelar, con sus proceder, todo lo que ella misma no logra explicarse. Dios es el personaje preciso para expiar —de inconformidad y enfado— las almas de Luisa y demás personajes. Dios es aquí un personaje más.

Como autor manipulo al personaje de Dios y lo retrato desde distintos ángulos, lo expongo, lo exhibo; por ejemplo, desde los fundamentos religiosos del mismo padre Ramiro quien experimenta temor, no por Dios, sino por una expresa consciencia (a saber de un exhaustivo estudio bíblico) y su gran reparo ante la existencia de su adalid divino: “[el

padre Ramiro experimentaba] un desasosiego crónico derivado de someros escrúpulos que aún se estremecían por allí, en su «coyuntura dubitativa» —como denominaba él, en su muy intestina indagación en lo tocante a su expresa religiosidad— acerca de la posible inexistencia de Dios”.

Así, *...no será Dios* es la sublimación de todos quienes intervienen con su presencia y construyen la historia. La novela contempla, en su gran mayoría, los favores pero también los desfavores de Dios. Los «desfavores de Dios» son la historia misma. Esa realidad culpígena que abarrota los corazones de los personajes y los hace desmerecer un lugar en el mundo y en ellos mismos. En el caso de la protagonista, cada acto o palabra pronunciada será su condena. «Los favores de Dios», dentro de la historia, no sólo hacen referencia temática a las mercedes diseminadas por éste sobre todo un pueblo que le venera sólo de palabra en todo momento —además de llevarle en su sangre mestiza—; no, los favores de Dios también están presentes en la confección de la novela misma: se escuchan y se ven en cada línea, en cada palabra elegida con cautela. Cada conjunción, por ejemplo, sirve como puente —seguro y firme— para que las distintas voces crucen a pie siempre con paso constante sin siquiera voltear atrás para no perder el camino, tropezar o convertirse sólo en palabras de sal. Los favores de Dios delimitan cada frase, cada idea, cada imagen, son el punto y la coma. Ciertamente, *...no será Dios*, es un acto osado pero lícito de la apología de la búsqueda de la redención a través de su historia y personajes.

En cuanto a la secuencia de hechos, ésta se define mediante una cadena de acciones adecuados y eslabonados según su orden causal y temporal así como por una estructura coherente en cada una de sus partes que dan a la historia su funcionalidad: desde un inicio, la protagonista comienza a vérselas sola en muchos de los ámbitos de su vida, como ya se

dijo, a un año de la muerte de su madre. No obstante, Esperanza, madre difunta, no ha muerto del todo. Esperanza vive coactivamente en el saber de su hija, y, como su nombre lo indica, no deja de crear y recrear cantidad ilimitada de fantasmas imaginarios que pone en el, de por sí rugoso camino de Luisa, una imposición maldita. Su madre es la antesala en la que ella espera. ¿Desde cuándo?: desde siempre; ¿para qué?: para mantener viva la fe de un mejor presente; ¿hasta cuándo?: hasta el momento de una posible reclusión en algún sanatorio para enfermos mentales.

Desde la tumba, Esperanza coloca trabas y presupuestos que acometen diariamente contra el espíritu de su hija. Rémoras que, al avanzar algunos metros, se introducen entre sus pies y le hacen trastabillar; empero, en ocasiones, logrando mandarla directo al suelo. (¿O será en realidad que es la propia Luisa quien «se mete el pie»?)

En *...no será Dios*, la historia es siempre un camino de tropiezos y caídas constantes, de desilusión y desencanto en donde la protagonista sucumbe día a día, año con año, en busca de sí. Luisa transita una infatigable búsqueda de todo aquello que la ha conformado. Todo ello con el único objetivo —en su mayoría inconscientemente— de extraer su propia esencia y darse a ella misma las respuestas ante preguntas muchas de éstas vacías; interrogantes que aparentan estar ahí pero que no son más que contra-espejismos, imágenes de Luisa misma en donde detrás de ésta sólo hay otra ‘ella’, y detrás más ‘ella’, y así, hasta ‘ella’ hacerse cada vez más pequeña y desaparecer —al fondo del espejo— (por lo menos, de su propia vista).

Una vez sola, la protagonista advierte por vez primera la sensación de libertad; sin embargo, dicha sensación trae consigo cierto temor de *salir al mundo*, además del

desasosiego provocado por una interiorización enfocada en hallar las respuestas para la toma de decisiones que su presente le demanda, decisiones que harán evidente su personalidad a lo largo del relato. Por ello y, tratando de hacer valer su presencia en calidad de mujer, habitante de San Idilio y del mundo, Luisa se rebela constantemente no sólo fuera de sí, sino desobedeciendo sus propios preceptos... Estatutos mismos sembrados en ella casi desde su nacimiento por una madre de formación tradicional. Empero —y en contradicción a su incipiente espíritu contestatario, vehemencia a sus principios, temor a su madre muerta y a Dios— Luisa cosecha una y otra vez, del labrantío de sus costumbres heredadas, todas aquellas torpes «figuraciones» de estrechas raíces cultivadas en su interior (incluso horas después de haber llevado a cabo casi un sacrilegio, como lo fue arrojar un par de gatos sobre una multitud de feligreses). Nuestra protagonista no logrará librarse de una existencia sumergida en la rutina cotidiana, lo que la desentenderá de sentirse autodependiente y feliz: “En la parroquia del pueblo ya se desarrollaba la misa. El templo estaba colmado de fieles. El Padre Ramiro predicaba los responsorios dominicales mientras Luisa se persignaba sentada en la primera fila al extremo sobre el pasillo llevando una pañoleta sobre la cabeza”.

Luisa habla por todas las mujeres que, como ella, padecen el frío de una cultura patriarcal que subyace de las conciencias más dogmáticas fácilmente hallables en los puntos más álgidos de la condición humana: auto-sometimiento y servilismo ante una divinidad casi extinta. Ella protesta —desde su ser más íntimo— al mundo y a Dios el hallarse inmersa en un mundo que no eligió. Reprocha una realidad que la subyuga y doméstica, que la abandona y deja a la deriva existencial. Reclama constantemente una siniestra falta de certidumbre. Se ve atormentada de manera crónica, por ello los sueños que

la asolan en la oscuridad de la noche: “Ella toma lugar detrás de dos mujeres que lloran. Su rostro se mira entre ellas. Observa el descender de la caja mortuoria. Cuatro enterradores tiran de los extremos de dos bandas para hacer bajar el féretro. El ataúd es metálico y de color gris con proporciones de adulto...”

En torno a la protagonista se encuentran personajes controvertidos que, a decir de Robert Mackee, crean alrededor de ésta una *dimensionalidad* que revela su verdadera *caracterización*. Dichos personajes se batan entre sus propias memorias y sentimientos de emancipación. La de Luisa es una caracterización que se debate en disyuntivas y debilidades —aunque en momentos sea fuerte y arrojada—.

De modo que, Luisa es muchas mujeres: la mujer inmadura, la mujer que conversa muy a menudo en el mutismo. Es quien, a decir de Krishnamurti, a menudo rastrea, incluso, un pequeño resquicio dentro de su mente abarrotada para conseguir un espacio vacío el cual posea el silencio suficiente para meditar, para reflexionar sobre su espíritu hoy en declarada rebelión.

La indumentaria de la protagonista, sin duda, confirma una identidad púdica, prudente y reservada. Sus vestidos largos, blancos, bordeados de randa hasta el cuello; sus enaguas, igualmente de encaje en *redecilla* refrendan su carácter sacramental heredado de su madre, así como de la tradición católica.

Luisa, en la búsqueda desesperada de su salvación interior (ciertamente, sin dejar de dar tumbos aquí y allá) emprenderá un paulatino abandono de cualquier principio eclesiástico y moral para poner en libertad su espíritu desobediente; arresto que, ya en la menarca, comenzaba a desdoblarse pero que era ferozmente reprimido por su madre. A sus

34 años de edad, Luisa trata de “recuperar” el tiempo perdido y se lanza a la aventura con total ánimo infractor corriendo detrás de su pasado, como si éste se le fuese a escapar de las manos.

A saber, en el comienzo de la historia, la protagonista emprende la progresiva y constante muda de sí, la áspera labor de *haberse* a sí misma; se desaprende de sí, de todo lo que es y desea dejar de ser. La protagonista bien pudo, en este punto, *asumir* el nombre de “Luisa” y no desde la pila, pues, una vez acaecida su madre, comienza a dejar de ser la mujer retardada en su naturaleza. Ahora se lanza cadenciosa pero acompasada en un nuevo tempo; adágico, sí, pero armónicamente emancipatorio, (aunque no por ello posiblemente algún día se encuentre uncida en camisa de fuerza).

En cuanto a Esperanza, éste es uno de los personajes principales de la historia. Esperanza, aunque muerta, es por quien el relato tiene su verdadera significación. Desde su nombre mismo, es el motivo fundamental por el que su hija comienza a moverse en el mundo del des-aprendizaje.

Del mismo modo, otro “personaje” de suma importancia es Antelma. Éste proporciona a la historia un elemento de suspenso, pues, en su repentina y extraña “desaparición”, un episodio de intriga da comienzo desde el inicio del relato, mismo que culmina con un hecho inesperado: Antelma es la propia protagonista. En cada oportunidad Luisa invocará la imagen de aquélla y con esto se evocará a ella misma. Antelma será la otra parte, la pieza ausente que Luisa inventará para sentirse complementada; será la reflexión en el espejo que tiene de su propia alma; la otra ‘yo’ por medio de quien pretenderá purificarse y acontecerse como una persona nueva, espiritual. Antelma será el

motivo epistolar de cada noche y el modo de disponerse «fuera de sí». Pese a todo esto, Antelma será, también, la pariente con quien armonizará imaginariamente, en quien Luisa observará toda la belleza que no puede ver de forma consciente pero que sabe mora dentro de sí. Le escribe, se ama a ella misma por medio de su otra. A través de Antelma, Luisa se concederá la gracia que el exterior le niega: se escribe para leerse inteligente, sensitiva, valiosa, y se confiesa ante ella previo a hacerlo en el nombre de Dios. La protagonista, por medio de Antelma, se transenderá a ella misma por la legítima necesidad de refrendarse, de autenticarse “Luisa”.

El padre Ramiro, hombre ilustrado y temeroso, no de Dios, sino de sus propia sapiencia, endeble moral (al menos, hasta el final de la historia) pero sí ético, será para la protagonista uno de los objetos de violación de sus propios valores. Con él, ella mantendrá una relación pasional visitándolo por las noches dentro del edificio clerical para emborracharse y mantener relaciones sexuales. (No obstante, el pretexto inconsciente que a Luisa movió de primera vez a hacerlo fue su deseo obsesivo por recuperar el candelabro Menorah, patrimonio ancestral de la familia.)

Por otro lado, Josué, el joven acólito, será elemento tácito fundamental en el desarrollo de la historia. Con tan sólo veintiún años de edad se verá vinculado con la protagonista, con quien tendrá sus primeros amoríos. Así, en su desorden emocional, Luisa quebrantará una vez más la memoria matriarcal y olvidará su religiosidad: de tiempo atrás observa al acólito desde su balcón transitar por la calle. Lo mira con insistencia de pies a cabeza durante el culto a Dios en la parroquia de la Asunción de Jesús. Ya con él en su alcoba, ella conspira a puerta cerrada contra el pensamiento de la época, y apuesta así a un

enfrentamiento con el exterior. De este modo, Luisa desafía los condicionamientos culturales. En su mente recrea una nueva realidad.

Por su parte, Tino y Esteban fungen como elementos silenciosos para la secuencia de los sucesos: son los confidentes de Luisa. A ellos hace saber puntualmente, así de sus emociones, así de las acciones a seguir en su vida. Sus maullidos y zalamerías representarán para ella un refugio a su soledad. En su pelaje depositará, con cada caricia, su des poblado ser a cambio de obtener falso consuelo. Ambos gatos son herencia de su madre Esperanza y, como el nombre de ésta, Luisa espera el momento de llegar a casa, abrir los tres candados de la puerta y experimentar la sensación de ser su aguardado su arribo.

Ambos gatos trabajan en la historia como receptáculos de todo el frenesí transcrito en el alma de la protagonista. Del mismo modo, son también el motivo para que su dueña cuente muchas veces con una razón imaginaria de abandonar —aunque sea por algunos momentos— su eterno confinamiento. Es decir, de no existir ambos gatos, pocas serían las causas por las cuales ella tuviese que salir y dejarse mirar al día. Es, pues, el gato, figura temperamental matemática para acompañar a la protagonista durante su recorrido por la gesta de su propio personaje.

Consecuentemente, en la caracterización de los personajes en *...no será Dios*, los nombres de éstos no tienen un aspecto de referencialidad o intertextualidad sino más bien —en la mayoría de los casos— de carácter humorístico<sup>1</sup> y de correlación. Dichos nombres sostienen (a excepción del nombre de ‘Luisa’) una carga semántica acorde a las distintas

---

<sup>1</sup> A excepción del nombre del pueblo de “San Idilio” que, sin ser precisamente un personaje, alude de manera irónica a un lugar utópico para vivir. Ciertamente, se trata de un espacio en donde el conflicto, el vicio, la doble moral, los intereses individuales así como la incesante práctica del chisme son el pan de cada día.

personalidades de ellos. Es decir, los distintos nombres de personajes poseen un *blanco semántico*; esto es: cada nombre alude a la personalidad, carácter e idiosincrasia de cada uno de ellos, y será el lector quien esboce en ese “blanco” la naturaleza, o bien, los rasgos de tal o cual personaje y ejecute el papel de éstos dentro de la historia. La estilística o teoría de los aspectos del lenguaje reconoce el marco semántico anterior con el término *isotopía* (en contraposición con *anisotopía*, el cual no tiene relación semántica de una cosa con otra). Por medio de estrategias discursivas del orden moral o psicológico, la construcción de los personajes en esta obra tiene relación con lo que Aurora Pimentel designa como *efecto de sentido* de los personajes:

“El centro de imantación semántica de todos sus atributos, el referente de todos sus actos, el principio de identidad que permite reconocerlo a través de todas sus transformaciones”.

(Pimentel, 1998, p. 63)

En el caso particular de la protagonista, su nombre, más que poseer un retrato alegórico o encarnar en sí mismo alcance simbólico alguno, éste obedece a un mero asunto fonológico. Es decir, «Luisa» ostenta la cadencia propia de su personalidad: *Luuuissaaa*.

Demás nombres de personajes muestran, asimismo, la conexión con su correcta singularidad. Por ejemplo: Don Regio —como su nombre lo indica— hombre rollizo, de bigote ancho unido a unas largas barbas impregnadas eternamente de olor a alcohol, y de voz y cariz de verdugo, siente poseer la aquiescencia de Dios y por ello el derecho de salir al paso para reprender a cuanto impío pretenda salirse del camino. Cree poseer la sensatez necesaria para guiar a cualquier individuo que busque sombra bajo su cuerpo de tronco... pero procediendo siempre con botella en mano. En la puerta de su apartamento se lee: *Don Regio, caporal principal de Dios*.

En relación con la voz narrativa de la novela, ésta recrea todo el universo encerrado en la cabeza de Luisa y demás personajes. La voz del narrador omnisciente muestra todo un cosmos dentro de un apartamento de un viejo edificio en donde moran cerca de quince familias, mismas que llegan a conocer de otras (familias) hechos que incluso la casa misma en donde se viven ignora. El narrador funge como interventor entre los personajes y el lector, establece un “contrato de lectura” con éste (Pons, 1996). De todo ello da cuenta el narrador “erudito”, expresa juicios de valor que muestran el propio entendimiento de la realidad de sus personajes: “[caminaba Luisa] siempre mirando al piso, como si fuese éste una luna de cristal donde se reflejase algo que ella ya no estuviera dispuesta a contemplar más”.

El narrador se desplaza en el tiempo y en las consciencias de los personajes a su propio arbitrio. Observa a Luisa desnudarse en la intimidad de su habitación y comparte con nosotros el auto-conocimiento que ésta se provee a sí misma una vez que contempla y explora su propio cuerpo. Luego entonces, puede saberse que Luisa comienza a dejar atrás algunos tabúes. Se mira bella al momento que se desentiende del temor a Dios<sup>2</sup>.

El narrador expresa la interioridad de cada uno de los personajes. Sabe, por ejemplo, que la *Tuerta* es una mujer que, cuando joven, gustaba de divertirse y pasársela bien con hombres comprometidos; sabe también que, a consecuencia de ello, ahora sólo mira a través de un solo ojo.

---

<sup>2</sup> Al respecto de dicho temor, el profesor de filosofía español Carlos Goñi, propone pensarlo de la siguiente manera: “Este temor no hay que interpretarlo como miedo o pánico, sino como «piedad», «respeto», «culto», incluso «amor a Dios», como queriendo decir que quien desprecia las cosas de Dios, quien cree que por sus solas fuerzas puede desentrañar los misterios del universo, ése no va bien encaminado. Quien aspire a la sabiduría debe comenzar por ser humilde”. (Goñi, 2009, p. 170)

“El enunciador es aquella voz que sostiene el relato en tanto que es sujeto de la enunciación y configura la historia”. (Filinich, 1997)

El narrador sabe casi todo. No se trata únicamente de un *narrador observador*, pues, en su carácter de omnisciente, es como un dios que conoce el pasado y presente de los personajes y su historia. De ahí que todo es narrado desde la noción de neutralidad y objetividad; por tanto, la obra adquiere “verosimilitud en su recuento del pasado, de manera que éste se muestre como si realmente hubiera sucedido y de la manera en que se dice que sucedió”. (Pons, *ibid.*, p. 29). Asimismo, el narrador permite, en determinados momentos, que los personajes den cuenta de sus propios pensamientos, acciones y sentires por medio del diálogo directo.

Tanto autor, narrador y personajes esbozan una imagen del pasado, un fragmento de la historia de aquel México de marginación. Los tres, en complicidad, dan cuenta de hechos ocurridos en un periodo de siete días en la vida de Luisa y sus cercanos contemporáneos. Ambos discursos, ficcional e histórico, dialogan en una “pluralidad de voces y conciencias independientes e inconfundibles” (Bajtín, 1986, p. 16). El discurso en *...no será Dios* es “[...] la interacción de varias [conciencias], sin que entre ellas una llegue a ser el objeto de la otra”. (Bajtín, *ibid.*, p. 33)

En lo que respecta al proceder en el uso del lenguaje de mi trabajo novelístico, el narrador omnisciente osa utilizar una forma culta, y emplea para ello metáforas y demás figuras retóricas (por ejemplo, oxímoron) para crear imágenes que sugieran mayor ornamentación: “...de la realidad irreal”. Ciertos fragmentos, en voz de Gabriel García Márquez, aludirán a una “transposición poética de la realidad”.

En esta voz emprendida en su mayor parte por el narrador se puede advertir una clara intención de evitar las formas «naturales» del lenguaje, apelando siempre a una forma figurada en su «carácter propio» de discurso revelador de su significación. Es decir, el carácter literario del narrador de *...no será Dios* descansa en el *efecto* de la figura literaria evocadora de un sentido de la palabra distinto del que se tiene en la enunciación prosaica.

Si bien la novela es en su conjunto un juego de voces, el ritmo agudo con el que es relatada se convierte en una galería de figuras auxiliada por técnicas retóricas; por tanto celebra una incógnita del lenguaje —en oposición al lenguaje natural en relación a su manera simple de pensar—. Al final de la obra un delirio narrativo se hace evidente, pues la protagonista, en la carta que cierra el relato, rompe con la convencionalidad del discurso narrativo dado su pensamiento fragmentado. Fontanier dice al respecto: “Las figuras se alejan de la manera ordinaria y común de hablar”. Dicha idea plantea una incógnita poco usual ante el lector dado el manejo del lenguaje. El universo de expresiones figuradas «marcadas» (en contraposición del lenguaje natural no «marcado») atiende a lo señalado por Du Marsais: “Únicamente mediante una nueva unión de los términos es como las palabras dan el sentido metafórico”. (Todorov, 1978, p. 214)

Así, la conmutación de la figura está presente a lo largo de toda la obra. Si bien dichas sustituciones pueden moverse hacia la correspondencia de significados diferentes (polisemia), demás figuras pueden deslizarse dentro del discurso hacia los recursos de metonimia o sinécdoque, es decir, hacia la relación simbólica evocadora de imágenes con su analogía correspondiente. Nos hallamos, así, frente ante lo que —en voz de Todorov— Du Marsais sostiene al decir que la figura es descriptible porque posee la facultad de poderse explicar. Todo el proceso anterior de exposición-interpretación del lenguaje dentro

de la novela en materia se logró elucidar a partir de la posibilidad descriptiva que el carácter propio de la función poética ofrece, como: “traje sobre un cuerpo invisible”. Por tanto, las figuras utilizadas a lo largo de la novela se convierten en discurso visible, muestran ante nuestros ojos la imagen que el pensamiento natural “transparente” no revela por su condición de invisibilidad. La inversión del discurso literario en *...no será Dios* no es más que el empleo sistematizado de la retórica a través de la cual puede vislumbrarse la forma perceptible del habla humana por medio del narrador: “El empleo de las figuras se eleva al rango distintivo de la humanidad porque equivale a la conciencia que tiene el hombre de la existencia de su discurso” (Todorov, op.cit., p. 218). Lo anterior bien puede traducirse como la pertinencia holista de la lengua en relación con la concepción, manera de entender y expresar la realidad del hablante universal.

Luego, al relatar el narrador: “Josué continuaba rememorando para ella aquel capítulo de su vida pero ya sin rencor evidente, sin encono o tirria alguna en su hablar. Luisa no se acercó a él compasivamente ni de ningún otro modo: dedujo atinadamente que Josué no demandaba piedad. En sus ojos vio un enarbolamiento de sensatez, como estandarte que se iza sobre un gran atalaya, sobre una construcción de gran cimiento hecho de piedras arrojadas violentamente después de una gran erupción” el discurso se trastoca. Lleva a cabo, en consecuencia, una diferencia entre el habla «poco frecuente» y el habla «frecuente»: la manera simple de hablar, el automatismo observado por Shklovski. Para Fontanier “La *inversión* [del discurso] es *figura* cuando contribuye a la belleza, al encanto de la expresión”. Asimismo, es cuando la figura recae en la incorrección lingüística vista por Todorov, pero que no se percibe como tal por poseer ésta una significación estética. Lo anterior prueba lo que Shklovski denomina la *imagen poética* (figura) como la expresión

que sirve como medio para crear una impresión máxima: el procedimiento de la lengua poética a lo largo de la novela se vuelve seductora y evocadora para el lector. Tiuchev afirma: "Sin imágenes no hay arte". "El arte es el pensamiento por imágenes".

Por tanto, estamos ante la ruptura de "las leyes del discurso prosaico". El proceso de automatización en voz del narrador (y en parte de la misma protagonista) quedó relegado, y el pensamiento por medio de imágenes deslizó el velo por entre los pies del arte para así dejarlo a la vista. El proceso de desautomatización de mucho del trabajo discursivo de la novela en cuestión es el rasgo distintivo del lenguaje que hace evidente la «figura» ante nuestros ojos. El objetivo de singularizar la expresión en mi narrativa es la capacidad de llevar a cabo una "clarividencia" sobre el objeto en su interior. Para Shklovski se trata de la algebrización, de la simbolización numérica de la palabra; de conocer el contenido por medio de la unicidad prisionera para poder vislumbrar, a la distancia, la suma de su dimensión genérica. El recurso poético utilizado a lo largo de ... *no será Dios* es la liberación del automatismo, el momento en que la palabra triunfa sobre el pensamiento mecánico. El artilugio *singularizativo* en muchas de las frases es el "oscurecimiento" —por ende, la problematización— de la forma y su expansión por el universo de los sentidos, la experiencia estética, el arte mismo: "No hay arte sin imagen", señala.

La enunciación que se lee en la carta que desenlaza la historia ("¿Es que no morarás ya en mí, «inscrita con sangre» Antelma? ¿Es que te has marchado para siempre, niña tonta? ...Pues a partir de la conquista de madre por el cielo te has extraviado... por lo que no hay más consuelo que escribirte una carta noche a noche. La muerte de madre parapetos levantó entre nosotras y yo ya no me consigno «tú y yo» sino una impostora") atiende a dicho proceso de desautomatización del habla. No se trata de una frase suspendida en el

aire, o bien, coja. Es el discurso, sí, del desorden mental de Luisa; el discurso del pacto con la divinidad y motivo por el cual Platón desdeñaba al poeta relegándolo fuera de las aulas debido a su osadía diegético-divina. Son las imágenes que resucitan de entre los muertos y revelan en el pensamiento la fotografía. El discurso poético dispone de la palabra y muestra el camino: “Las imágenes no provienen de ninguna parte, son de Dios”<sup>3</sup>.

En lo concerniente a los personajes secundarios, el narrador les concede la anuencia para hacerles hablar con un lenguaje coloquial y corriente sin ser precisamente pedestre. Todos los personajes emplean un lenguaje pertinente al contexto histórico, geográfico y cultural de los hablantes del lugar, siendo éste un tanto formal, pues la caracterización de éstos atiende a temperamentos serios y prudentes dado las específicas idiosincrasias de cada uno de ellos.

En resumidas cuentas, ¿cómo, entonces, debe leerse *...no será Dios?* ¿Desde qué experiencia lectora o entrenamiento literario debe penetrarse en su lectura o entenderse, por ejemplo?: “Josué, por su parte, permanecía oculto, ahora, dentro de una pila vacía en la azotea de la vecindad. Había perdido el sombrero y la bufanda mientras buscaba refugio. Se hallaba escondido como un secreto, sí: agazapado en sus propios temores y asido fuertemente a una botella cuyo contenido comenzaba a serenar poco a poco aquellos espectros que se batían locos en su endeble espiritualidad y que comenzaban a desordenarle el juicio: espectros de glotonería y desenfreno; de intemperancia y concupiscencia hasta

---

<sup>3</sup> Shklovski: “Las leyes de nuestro discurso prosaico, con sus frases inacabadas y sus palabras pronunciadas a medias, se explican por el proceso de automatización. Es un proceso cuya expresión ideal es el álgebra donde los objetos están remplazados por símbolos. En el proceso de algebrización, de automatización del objeto, obtenemos la economía máxima de las fuerzas perceptivas: los objetos están dados por uno solo de sus rasgos, por ejemplo el número, o bien son reproducidos como siguiendo una fórmula sin que aparezca siquiera en la conciencia”.

“Para sentir los objetos, para percibir que la piedra es piedra, existe el arte”.

hoy todavía en tregua”. Un fragmento como este olvida el aspecto didáctico para pasar a una propuesta estética. Invita al lector a poner en marcha su íntimo proceder ingenioso, agudo, y será éste quien deba mantenerlo en movimiento. Así, el texto favorece la edificación de su propio contenido, lo yergue, lo pone de pie. La cantidad de imágenes evocadas a lo largo de la novela demandará por parte de aquél la “actualización del contenido”. Es decir, el texto requerirá de acciones cooperativas y facultativas para una consecuente recepción y alcance de discernimiento ante el “encargo” autoral.

La percepción que se tenga de la *figura*, a lo largo del relato (en su condición de “lenguaje artificial”) aumentará la libertad de justificación dentro de la frase. El lector, de este modo, tendrá sobre la mesa una cantidad de supuestos de los cuales elegir a arbitrio los que más armonicen con sus entenderes y maneras de comunicarse con su realidad para poder así emitir su “actualización”<sup>4</sup>. (Interpretación que no necesariamente tropieza con la del autor sino que se complementa con ella armoniosamente.)

Dentro de mí intención como autor, existe la voluntad de escribir a partir de un criterio abierto y conceder al texto (o bien, al lector) la capacidad de consentir múltiples modos de lectura, todos ellos con cabida para proveerse de unificación y concordancia imaginativa. Así lo expone Umberto Eco:

---

<sup>4</sup> Un aspecto que debiera tomarse en cuenta y que explica Umberto Eco en su trabajo *El lector modelo* (pp. 73-89) es la posible ‘no competencia’ del lector: particularidades de índole formativa, de temperamento individual, o bien, cultural. No obstante, a pesar de que en la interacción autor-lector no se dé una comunicación presencial o puramente verbal en el que medien “infinitas formas de reforzamiento extralingüístico (gesticular, ostensivo, etc.) e infinitos procedimientos de redundancia y retroalimentación que se apuntalan mutuamente, existe una actividad semiótica en sentido amplio en la que varios sistemas de signos se complementan entre sí” (Eco). El uso (interpretación) que pueda darse en *...no será Dios* puede lograr en el lector un estímulo imaginativo que le genere goce por medio de una ágil dialéctica entre el lector y el autor.

“Un texto no es más que la estrategia que constituye el universo de sus interpretaciones, si no "legítimas", legitimables. Cualquier otra decisión de usar libremente un texto corresponde a la decisión de ampliar el universo del discurso. La dinámica de la semiosis ilimitada no lo prohíbe, sino que lo fomenta. Pero hay que saber si lo que se quiere es mantener activa la semiosis o interpretar un texto”.

En *...no será Dios*, el «afuera» del lenguaje convencional se rompe. «El deseo loco de la novedad», ese lenguaje literario que no se escribe para el público sino para el mismo lenguaje pone “el sentido en suspenso”. Por tanto, *...no será Dios*, puede leerse desde el «afuera del lenguaje». (Tabarovsky, 2011, p 10). En resumen, los medios a los que apelo son: la práctica de un cúmulo de recursos retóricos y cualidades de estilo.

En cuanto al manejo del espacio, éste juega un papel relevante. Mediante su descripción (tanto de lugares abiertos como cerrados) se recrea una realidad ficcional idónea, y, a la vez, universo físico de los personajes. Como autor, describo fielmente el tiempo que retrata el pensamiento de la época por medio de un discurso literario de peculiar fascinación: “Pero en el desatino del presente, y no en el mito de la posteridad, reside la veleidad del escritor”. (Du Marsais, DT, p. 9). Aurora Pimentel dice al respecto:

[La descripción del espacio] es el lugar donde convergen, incluso, donde se articulan los valores temáticos, ideológicos y simbólicos del relato; es, en pocas palabras, el lugar en donde se concretan y aún en donde se espacializan los modelos de significación humana propuestos. (Pimentel, *ibid.*, pp. 10-11)

Así, *...no será Dios* se desarrolla en un pueblo imaginario llamado San Idilio (en el posible tenor de Tepoztlán, Morelos, México) en el año de 1947. Porque 1947 es el tiempo y San Idilio el lugar adecuado para que los personajes (fundamentalmente la protagonista)

den gala de sus distintas naturalezas y personalidades. Este espacio de lugar y tiempo —en la historia de México— descubre un pensar y sentir *modelo* y a la vez *piloto* de una forma de pensar específica entre eras, lo que procura la verosimilitud de la historia: un punto intermedio entre el sometimiento ideológico y su paulatina liberación. El relato atestigua una atmósfera posrevolucionaria que se deja ver en acontecimientos originados como consecuencia de los conflictos civiles de la época. De suerte que, todos y cada uno de los personajes se reconocen como “damnificados” de un entorno político apesadumbrado y desolador. Los tiempos no son fáciles y ello se respira a cada instante en cualquier esquina del pueblo. Particularmente, la protagonista lucha por tratar de habitarse dentro de ella misma con la intención de ocultarse, y con ello tratar de evadir los aconteceres del día a día... por ello la incesante búsqueda del saberse, no materia, sino ser.

La cultura de esta época es ocasión oportuna para el sincretismo entre un pueblo meztizo y los frescos principios occidentales. Todo este espacio temporal y cultural de referentes extratextuales proporcionará referencialidad al relato, y será el lector quien le dé su significación.

“Garantía de realidad, construcción sinecdóquica del espacio urbano, lugar de referencia textual, el nombre propio, y en especial el de una ciudad, parecería significar sólo la “objetivación” verbal de un espacio urbano [...]. Pero la referencia es también a un mito cultural. Mitos compartidos y transferidos: tanto el narrador como el lector proyectan un espacio que no es neutro, sino ideológicamente orientado”. (Pimentel, *ibíd.*, p. 31)

En *...no será Dios*, el narrador pormenoriza a detalle en cantidad infinita de escenas. Esto no tiene otro objetivo más que el de introducir al lector en el escenario

diegético<sup>5</sup> donde se desarrolla la acción novelística: espacios, sensaciones, olores. Un ejemplo de ello es el siguiente pasaje (como muchos de ellos dentro de la novela) cuando Luisa se encuentra sola en su recámara una noche: “Abrió [Luisa] uno de los tres cajones alhajeros el cual inmediatamente desprendió ese olor a madera vieja”. La manipulación del contexto espacial tiene como única consigna evocar imágenes más vivaces dentro de la mente del lector. Es el recurso que, como autor, desarrollo para “generar no sólo una ‘imagen’ sino un cúmulo de objetos de sentido”. (Pimentel, *ibíd.*, p. 25)

En *...no será Dios* se describen escenas, ambientes, personajes e imágenes. En muchas ocasiones el tiempo se detiene; entonces se modera el tono y estilo del relato a fin de lograr un equilibrio en cuanto a la velocidad y entramado de la historia. Intervenciones como las del personaje citado llamado don Regio sirven de componentes para crear la tensión dramática necesaria de la historia (por medio de elementos como la *catálisis*<sup>6</sup>) logrando así una correcta conclusión de ésta. Entre una acción y otra se describen escenas que explican el entorno y nos hablan de la cotidianeidad que se vive: “Al fondo de uno de los transeptos [Luisa] observó el galanteo del cura Ramiro con Carmen, la pretenciosa hija de don Porfirio, [...] joven lozana que no hacía mucho tiempo había perdido un hijo malogrado en su vientre producto de su amorío con Jaime...”

Las acciones de la novela se llevan a cabo de modo consecutivo: existe un inicio un desarrollo y un clímax. En muchas ocasiones se recurre a la evocación de algún

---

<sup>5</sup> La diégesis es el mundo (ficticio) en que las situaciones y eventos narrados ocurren; por tanto, “diegético” es “aquello que se relaciona o pertenece a la historia” (Pimentel, Luz Aurora. 2001, p. 8).

<sup>6</sup> En las *funciones distribucionales* del análisis estructuralista de Roland Barthes la *catálisis* es la pausa que une los nudos entre sí. El *sintagma* (acción) acelera la lógica del tiempo-espacio. (*Sintaxis del relato*: qué elemento va antes y cuál después.)

acontecimiento anterior al momento del hecho presente del relato. El tiempo, en *...no será Dios*, ciertamente comprende fragmentación, posee breves anacronismos, concretamente *analepsis* (en términos de la narratología de Gérard Genette). Éstos relatan sucesos —particularmente remembranzas— en la vida de Luisa y lugareños de San Idilio. Se ilustran pasajes con el objetivo de proporcionar un mayor saber de lo que ha sucedido con anterioridad. Como ya se dijo, en muchos “atajos” de la narrativa, la rapidez del discurso radica en el resumen de ciertos acontecimientos, esto con el único objetivo de dar prontitud a datos que deben conocerse para dar coherencia a la trama (segmentos temáticos: paso de una situación a otra) y el argumento<sup>7</sup>.

Tres son básicamente los universos diegéticos en donde se desarrolla la novela: uno, el pueblo de San Idilio de donde la protagonista es originaria (sin duda, un espacio dentro del contexto de lo marginal y alejado del progreso de la capital); dos, el interior del departamento donde Luisa se aloja; y, tres, el espacio psicológico (interior) de la protagonista. Gráficamente, y de manera muy sutil, estas dimensiones (como muñeca rusa) podrían explicarse de la siguiente manera:



---

<sup>7</sup> Tomashevski llamará a esto *motivos asociados*. O bien, *funciones*, en palabras de Vladimir Propp: “Antes de la fechoría tiene que haber una **función** que lleve a la fechoría”.

El espacio en el que Luisa mora es, sin duda, su propia inmensidad. La vecindad: puertas pesadas que rechinan al abrirse o cerrarse, escaleras en abanico, barandales de diseño churrigueresco, pisos que crujen... picaportes desvencijados. Ya en el interior de la vivienda: mobiliario antiguo, espejos biselados de formas serpentinadas, maderas ancianas, olores lejanos. Todo ello posee una carga de elementos simbólicos que, para el lector, significarán la identidad de Luisa con relación al espacio que habita, lo que Luisa encarna. La morada de Luisa es precisamente Luisa misma, es decir, el espacio es frígido, serio, anticuado como el temperamento de ella. La atmósfera se recrea desalentadora, huele a viejo; la de Luisa es también una personalidad añeja. En sus propios sueños ella se asoma desastrada.

Luego entonces, el tiempo en *...no será Dios*, no sólo se desenvuelve como una dimensión ficcional o como escenario circunstancial y de eventualidades para los personajes, es también un tiempo histórico, ya que se hace evidente el contexto social de la época. Es, por tanto, un “cruce” entre ficción e historia: *la realidad como referente de la literatura* (en términos de la teoría literaria).

En consecuencia, la temporalidad y la dimensión espacial se interrelacionan en una dialéctica que vertebra la estructura novelística y que, al mismo tiempo, vela por la verosimilitud de la misma. Es un cruce de historias, una construcción cronológica entre ficción y realidad. Ricoeur dice al respecto:

“El hecho de contar una historia consiste en ‘reflexionar’ sobre los ‘acontecimientos’, con el objeto de englobarlos en totalidades sucesivas [...] el arte de contar, por tanto, así como su contrapartida, el de seguir una historia, requieren que seamos capaces de obtener una configuración de una sucesión”.

El formalista ruso, Tomashevski, lo esboza de la siguiente manera: “construcción interna” → motivos libres = motivación realista → elementos de la realidad (no deja de ser ficción). Motivación estética (tiene que ver con la verosimilitud).



Un aspecto más del manejo del tiempo dentro de la novela en materia, acontece durante el sueño que la protagonista tiene y en donde es partícipe de la ceremonia fúnebre de un desconocido joven. Aquí, el tiempo mismo es testigo de los hechos presentes, por tanto, la narración no puede ser más que en el momento real de los acontecimientos. Desde este punto (y hasta el final del sueño), todo se trasladará a la voz “vigente”, simultánea a los actos gestados; porque, en cuanto en la mente de Luisa se recrea el espacio onírico, el tiempo pretérito de la novela —por primera y única ocasión— se fractura (pues los sueños son la vívida experiencia del instante, y lo que sobrevenga en el exterior no importa más).

Ocurre que, en una mente en búsqueda de la redención, el sueño se vive de manera “presencial”. Así, en el espacio ilusorio de la “realidad irreal”, se puede matar al padre y amar a la madre; bien puede mirarse a Dios o a Satán de frente. Durante la visión interna se llora, se muere, se resucita, se vuela, y se sufre de asfixia; el cuerpo puede convulsionar de orgasmo y amanecer humedecido producto de la eyaculación.

De modo que, una vez que Luisa se mira a ella misma dormida sobre la cama al regresar del sepelio, el narrador —desde su lejanía— toma nuevamente las riendas del tiempo y hace lo propio: usurpa la voz a partir de la historia pretérita (y hasta la culminación del relato). El narrador, por más omnipresente y dinámico que fuere, no podría nunca penetrar en las quimeras o pesadillas de la protagonista. Las fantasías de Luisa sólo pertenecen a Luisa. ¡Por Dios!

Así pues, el hecho de presentar un personaje femenino y situarlo en la primera mitad del siglo XX tiene como propósito dar a conocer su naturaleza a partir del momento histórico del relato y de la propia experiencia de vida de la protagonista.

Específicamente, y reflexionando sobre un sector poblacional perteneciente al proletariado, la obra apela a mostrar uno de los posibles (reprimidos pero impasibles) temperamentos femeninos de la época en búsqueda, no sólo de un lugar en la sociedad, sino de una reivindicación a partir de una actitud resiliente-espiritual.

En el caso de la protagonista de *...no será Dios*, y debido a su orfandad de padre (y recientemente de madre), su casa, es decir, su familia (como orden social establecido) se verá fracturada. Como mujer sola que ahora es tratará de remediar todo apuro concerniente

a la vida moral y aún financiera para no ser excluida por una sociedad que, tras la puerta, reclama rectitud, cumplimiento cabal de los códigos familiares, así como sensatez religiosa.

A partir del constante fundamento de la obra (la muerte de la madre), Luisa es el retrato de la lucha por la autonomía femenina en tanto se rebela de sí misma y se redescubre al mismo tiempo, desde sus amplitudes intelectuales hasta la conciencia de identidad que su propio cuerpo (hasta ahora poco explorado) le ofrece.

La ausencia del padre, es decir, de la «cabeza de familia», es sin duda un referente de “vulnerabilidad” a la que una mujer de mitad de siglo se vería enfrentada: índole de penitencia, casi a letra de viudez.

Como resultado de lo anterior, la lucha inconsciente de Luisa por alcanzar un conocimiento de sí y la obtención del anhelado encuentro consigo misma, todo ese esfuerzo empleado para su propia evolución psicológica, será lo que la novela formule como una posible lectura<sup>8</sup>. Derivado de lo anterior, todo tópico presente podrá ser interpretado como un motivo emancipador llevado a cabo por el personaje principal. La observación que Luisa hará de sí misma será, pues, referente de una tarea incansable y de lucha acérrima entre sus distintos *ser*. El elemento de la condición humana impondrá una vez más su presencia en la narrativa, y de ello la lectura sugerirá un planteamiento a partir del conocimiento de los diferentes estados de consciencia naturales del hombre debido a la ignorancia de uno

---

<sup>8</sup> En la propuesta del estudio de la psicología de P. D. Ouspensky, éste sostiene que el desconocimiento de uno mismo es el principal obstáculo de una personalidad desgajada. Señala que un pensamiento que pierde la línea, la continuidad (de conciencia), sólo recordará determinados momentos porque fue en ellos en donde realmente se halló consciente. Objeta: “[El obstáculo más grande] *es nuestra ignorancia de nosotros mismos* y nuestra ilusoria convicción de conocernos, al menos en cierta medida, y de poder contar con nosotros mismos, cuando en realidad no nos conocemos en absoluto y de ningún modo podemos contar con nosotros, ni siquiera *en las cosas más pequeñas*”. (Ouspensky, 1978, p. 26)

Para Ouspensky la psicología (en tanto ciencia que trata de la conducta y los procesos mentales de los individuos), debiera consistir, específicamente, en el estudio de uno mismo a partir del saber juicioso de los distintos estados de conciencia (inferiores y superiores) para lograr un conocimiento basto de sí.

mismo. El lector, entonces, podrá dilucidar (en tanto le hayan sido conferidos los referentes necesarios de época: idiosincrasia, espacio, tiempo, acontecimientos locales e insubordinación generacional) qué papel juega ella (Luisa) en la propia experiencia de él y la relación que éste pueda hacer en la práctica lectora a partir de su propio bagaje cultural. De este modo, la novela recae en la exposición angustiosa que la protagonista —en su evolución (mental)— vive día a día debido al su perene afán por verse redimida.

La lectura de *...no será Dios* invita al lector a reconocer una historia que se inscribe dentro de la tradición genealógica de personajes supervivientes de una clase social marginada y poco desarrollada en un momento histórico específico. Luisa es una actora que, extraviada en ella misma y en el entorno pero con actitud reflexiva, surge a partir del apuro de tomar un lugar dentro de una sociedad que trata de suprimirla en su condición de mujer.

Puesto que la mujer de este tiempo en particular comienza a tener cada vez una importante participación en muchos de los ámbitos de la vida corriente, ésta reclama para sí —como lo hace Luisa misma— una auténtica jurisdicción en los diferentes campos de la vida social, laboral y profesional, y se emancipa contra la desigualdad. A consecuencia de los levantamientos revolucionarios en México y América Latina, la intervención de las mujeres comienza a hacerse presente en infinidad de tareas públicas y humanitarias. La mujer de esta época comienza a asumir distintos roles dentro de casa y fuera de ella.

Por lo que se refiere a la colaboración de las mujeres en la vida cultural de principios de siglo, ésta tiene un impacto de suma importancia en la transformación del espacio. En las letras: Elena Garro, Rosario Castellanos, Teresa de la Parra; en la pintura:

Leonora Carrington, Remedios Varo y Frida Khalo; en la danza: Ángela Isadora Duncan (ciertamente, con un final trágico como el de la misma Frida Khalo).

Las mujeres buscarán su propio discurso dentro de un mundo meramente patriarcal, siempre con la consigna de romper con los marcos de referencia tradicionales así como con una lógica —sumamente arraigada— en que los hombres miran, tanto su propia realidad, como la realidad de ellas. Dicha coyuntura tendrá la intención de replantear la forma en que las mujeres se relacionan con los hombres y éstos con ellas.

En suma, bastaron sólo siete días<sup>9</sup> para que la historia retornase a sus aparentes orígenes de paz, de aquella la avenencia con Dios tan suplicada domingo a domingo en misa matinal. El arrepentimiento, tanto del padre como del acólito, se hará presente y todo volverá a la normalidad. El candelabro será el *objeto de transición* de Josué, constituyente del cual se asirá con todas sus fuerzas cada vez que repare en sucumbir. Luisa quedará absorta una vez el choque de frente con su propia persona; y su apartamento será la celda en la que se vivirá resusitando en su constante terminar.

Así pues, la novela en razón esboza la finalidad de exponer el anhelo —o bien, la necesidad— del encuentro con Dios; es decir, la búsqueda de una espiritualidad que siempre conlleve un camino de incontables tropezares, y por ello, de constantes violaciones. La búsqueda sensible y hasta romántica (posiblemente utópica) de la protagonista será siempre dura y de arduo trabajo introspectivo.

Luisa es una mujer mística (aunque ella no lo sepa) que infringe su propio pensamiento religioso, puesto que su credo ha perdido el camino. Su búsqueda mítica va

---

<sup>9</sup> “Siete días y siete noches” es, sin duda, un elemento de intertextualidad bíblica acerca de la culminación de la obra (bien de la creación del universo, bien del relato novelístico en materia).

más allá de lo que un cristianismo decaído puede ofrecerle. Venera a Dios, sí, porque anhela que en Él pueda hallarse la verdad (aunque en realidad no exista guía, no haya consorte que pueda orientar su ruta). Ejerce una devoción seria desde su interior, cierto, pero mal encaminada, y al no recibir respuesta alguna, se engendra en ella un enfado que la desiste de continuar adelante, o bien, de tomar otro rumbo.

*...no será Dios* conspira contra todo camino deslucido de salvación. *...no será Dios* apela a todo pensamiento que rejuvenece a partir de lo moribundo. *...no será Dios* es la búsqueda del autor de la obra por el autor mismo a través de su protagonista y de sus personajes.

## BIBLIOGRAFÍA

- Pons, María Cristina. *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*. México, Siglo XXI, 1996.
- Foster, E. M. *Aspectos de la novela*. Barcelona, Debate, 1995.
- Tzvetan, Todorov. *Teoría de la Literatura de los Formalistas Rusos*. México, Siglo Veintiuno Editores - 3ª edición, 1978.
- Bourneuf, Roland y Réal. *La novella*. España, Editorial Ariel, 1985.
- Mackee, Robert. *Estructura y personaje. Deconstrucción del personaje*. Estudios cinematográficos. CUEC #28, septiembre – noviembre, México, 2005.
- Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva*. México, Siglo XXI, 1998.
- Gardner, John. *Para ser novelista*. Madrid, Fuente Literaria, 2001.
- Ricoeur, Paul. *Historia y narratividad*. México, Paidós, 1999.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. México, FCE, 1985.
- Ortega y Gasset. *Ideas sobre la novela*. Barcelona, Austral, 1996.
- Pimentel, Luz Aurora. *El espacio en la ficción*. México, Siglo XXI-UNAM, 2001.
- Bajtín, Mijail. *La novela polifónica*. En *Problemas de la poética de Dostoievski* (Traducción Tatiana Bubnova). México, FCE, 1996.
- Filinich, Isabel. *La voz y la Mirada. Teoría y análisis de la enunciación literaria*. México, Plaza y Valdéz, Benemérita Universidad de Puebla y Universidad Iberoamericana.
- Eco, Umberto. *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto literario*. España, Lumen, 1979.

- Tabarovsky, Damián, *El escritor sin público*, Literatura de izquierda. México, Tumbona Ediciones S.C. de R.L. de C.V. 2011.
- Duras, Margarite. *El amante*. Tusquets, México, 1984.
- Castellanos, Rosario. *Balún-Canán*. México, FCE, 1983.
- De Beauvoir, Simone. *El Segundo Sexo*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1998.
- Rivera Garza, Cristina. *Nadie me verá llorar*. México, Tusquets - CNCA, 1999.
- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. México, FCE, 2000.
- Swāmi Shāntānanda, with Peggy Bendet. *El esplendor del reconocimiento*. México, Siddha Yoga Dham de México A. C., 2014.
- Bucay, Jorge. *El camino de la autodependencia*. México, Océano, 2010.
- Ouspensky, P. D. *Psicología de la posible evolución del hombre*. Argentina, Hachette, 1978.
- Wallace, Alfred Rusell. *Defensa del espiritismo moderno*. México, “Voz informativa”, --.
- Goñi, Carlos. *Firmado, Dios. Exégesis razonable de la Biblia*. Barcelona, Ariel, 2009.
- Krishnamurti. *La llama de la atención*. México, Errepar, 1996.

## DISCOGRAFÍA SUGERIDA

- Morte Macabre. *Symphonic holocaust*. 1998.
- Stoa. *Urthona*. 1992.
- Stoa. *Porta VIII*. 1994.
- The Doors. *The Doors*. 1967.
- Pentagram. *Relentless*. 1985.
- Black Sabbath. *Black Sabbath*. 1970.
- KISS. *Creatures of the night*. 1982.
- The Police. *Synchronicity*. 1983.
- Dead Can Dance. *Into the labyrinth*. 1993.
- Univers Zero. *Heresie*. 1979.
- Culto sin Nombre. *Fracturas internas*. 2002.
- Art Zoid. *Symphonie pour le jour où brûleront les cités*. 1976
- Blackmore's Night. *Shadow of the moon*. 1997.
- Babe Ruth. *Rarities from the vault*. 1973-1979.
- Michael Nyman. *The cook, the thief, his wife & her lover*. (Soundtrack film by Peter Greenaway). 1989.
- Zbigniew Preisner. *Trois couleurs (Bleu)*. (Soundtrack film by Krzysztof Kieślowski). 1993.
- André Previn. *Rollerball*. (Soundtrack film by Norman Jewison). 1975.



...no será Dios

*Lo siniestro es aquello  
que debiendo permanecer  
oculto se ha revelado.*

Schelling

**E**ra fin de mes, y como cada que éste llegaba, Luisa se preparaba para salir.  
— ¡No molesten más, no tardaré! Cobro la pensión, paso a la panadería.  
Compro las cabezas de pollo, azúcar, leche y huevo en la tienda de *la Tuerta*, y regreso —dijo Luisa a sus gatos Tino y Esteban que desde el sillón de la sala maullaban con exigencia y seguían con sus miradas todos y cada uno de sus movimientos.

Tomó, entonces, el llavero que inequívocamente dejaba en el portallaves de madera, mismo que su madre había obtenido alguna vez como premio en la feria de San Idilio (pueblo natal de ambas) y cruzó el umbral.

Buscó entre las llaves (todas ellas de acuerdo al orden de las puertas del edificio en donde vivía así como de su apartamento), dio vuelta al cerrojo superior de la puerta, cerró la chapa inferior, aseguró el desvencijado candado del picaporte y salió con paso veloz como habitualmente lo hacía cuando estaba meramente obligada a hacerlo.

Al bajar por las escaleras trataba siempre de no atizar con fuerza los tacones contra el suelo para no despertar sospecha de su andar por los pasillos de la vecindad. Uno de los tacones de su zapatilla se atoró en el encaje de su blanca y larga falda; se inclinó para liberarlo sosteniéndose del barandal de fierro viejo y diseño barroco. Descendió tres pisos hasta llegar al pesado portón de fierro forjado y muy oxidado. Al abrirlo, el rechinido provocó una convulsión en su rostro además de un disturbio nervioso. Al salir, caminó directamente hasta la oficina de pensiones del Ayuntamiento del pueblo.

—Acta de defunción de la señora Esperanza León —solicitó el pagador—.  
Credencial de usted para cobro de pensión.

—Aquí tiene todo. Lo guardo perfectamente bajo llave porque...

—...porque es con lo único que usted cuenta, y que su madre le dejó —completó el pagador la trillada frase de cada fin de mes.

Luisa, con la vista en el mostrador, recibió el pago, se dirigió a la salida y caminó con paso recatado por la acera. Miraba al piso como si fuese éste un espejo donde ella se reflejara. Deseaba, en momentos, chocar con toda su fuerza el tacón de su zapatilla y estrellarlo de una vez.

Ya frente a la parroquia del Ascenso de Jesús, y movida por una escrupulosa inquietud, Luisa entró. Al fondo de uno de los transeptos observó el galanteo del cura Ramiro con Carmen, la pretenciosa hija de don Porfirio (a quien a menudo la gente confundía con la propia Luisa por su gran parecido), joven lozana que no hacía mucho tiempo había perdido un hijo malgrado en su vientre producto de su amorío con Jaime, muchacho marrullero que para salir del embrollo y aprovechando la situación para realizar fuera sus estudios como abogado, partió del pueblo por la madrugada sin dejar rastro alguno; hecho que se procuraba muy silencioso dentro de la comunidad pero del que todo San Idilio conjeturaba.

Entró posteriormente Luisa a la panadería: tomó una canasta, colocó en ella un pan de caja, dos teleras y un pan dulce. Extendió al cobrador un billete de diez pesos a manera de ser suficiente y no tener así que cruzar palabra alguna con él. Al salir, se dirigió a la tienda...

—... ¡Ah!, también me da una veladora de vaso de vidrio —pidió Luisa al mirar el altar en lo alto de una esquina del interior de la tienda de la Tuerta (como le llamó después

de enterarse que, en su juventud, ésta pretendió escaparse lejos con Jacinto, su padre, pues le consideraba un hombre muy instruido por los estudios sobre teología que había realizado en su juventud). La Tuerta había perdido el ojo derecho al caer de una carreta cuando huía de su entonces marido, al enterarse éste del romance que sostenía con dos de los primos de ella.

— ¡Hola Luisa!, ¿qué delgada te ves?... —la saludó doña Ignacia, ya en la calle—. Precisamente ayer por la tarde, al regar las rosas de mi patio, recordaba a Esperancita. ¡Cómo gustaba yo de sus visitas aquellas tardes de té en el jardín junto al aroma de los rosales! Es ya casi un año de que Dios la tomó en sus brazos. *¡Vaya que el tiempo galopa sin jinete!*,...decía mi abuela. Se llevará a cabo la misa este 30 de agosto, ¿no es así? Para nada le gustaría a tu madre que no se le recordara —insistió doña Ignacia.

—Claro, como usted diga. Será a las seis de la tarde. ¡Vaya con Dios! —se despidió Luisa sin mirarla.

*No puede ya con la culpa por no haberse atrevido a atestiguar en los hechos de la muerte de mi madre por miedo a perder su empleo... Mientras yo tuve que vérmelas sola frente a esa maldita fábrica... Pero ahora sí pretende recordar a mi madre con su misa* —pensó Luisa.

Llegando a la vecindad guiñó nuevamente los ojos en señal de desagrado ante el molesto chirriar del portón. Lo empujó con fuerza y subió tambaleante rumbo a su apartamento con las cargas del mandado.

\*\*\*

*Ya ha pasado mucho tiempo, y es el día en que no he vuelto a encontrarme con Antelma. La puerta de su apartamento continúa cerrada con candado* —comentó Luisa a Tino y Esteban. Tino jugaba con uno de los tantos hilos que colgaban de la mecedora de Esperanza, misma donde descansaba por las tardes después de haber lavado cientos de frascos para envasar leche en “La Purísima”.

La Purísima era la productora de lácteos donde Esperanza laboró por los últimos nueve años de su vida después de haber perdido el oficio de costurera heredado por su madre. Ello sucedió al instalarse, en el centro del pueblo, una fábrica oriental de ropa que desbancó no sólo a los talleres tradicionales del vestido, sino que instauró ciertas políticas monopólicas dentro de San Idilio... que poco a poco dejaba de serlo.

Luisa arrancó un trozo de papel de la bolsa de pan, lo enrolló e hizo una pequeña mecha. Tomó del fuego de la veladora que se encontraba en el altar de la imagen de Cristo Crucificado y la fotografía de su madre, y la sustituyó por la nueva. Después tomó asiento en la mecedora de su madre y se quedó dormida largo rato con Tino en sus piernas.

\*\*\*

Eran casi las siete de la noche y Luisa, como de costumbre, encendió la radio para escuchar su radio novela, mientras le quitaba las plumas al pollo para preparar el revoltijo y alimentar a sus confidentes mascotas.

*Son las siete en punto y, como todas las noches, le presentamos su radio novela favorita “Amar es morir”:*

*No puedes negarlo; son las caderas colosales y esos pechos que parecen saltarle del escote de la tal Carolina lo que te impide tocarme por las noches, ¿no es así, Adalberto? ¿Lo negarás una vez más?*

*Si ya me habían advertido que hasta esperas que den las seis de la mañana para tomar el tren y sentarte frente a ella; que enciendes un cigarro y cruzas la pierna para comenzar a mirarla insistentemente por encima del periódico. ¡Bah!, ni siquiera tienes el valor de hablarle —se escuchaba, con interferida señal, una estación proveniente de la Ciudad de México.*

“Amar es morir” terminaba al punto de las nueve de la noche.

Luisa doblaba y acomodaba dentro de un canasto las tres y media docenas de ropa que había comenzado a planchar para don Rogelio. Don Rogelio era dueño de tres panaderías y un par de boticas en San Idilio. Había conocido a Esperanza desde muy joven, cuando Luisa era aún muy pequeña. Don Rogelio había quedado viudo al morir su esposa de leucemia, quien era quince años más joven que él. Posteriormente, una vez desaparecido Jacinto (padre de Luisa) don Rogelio había ofrecido a Esperanza hacerse cargo de ambas si aceptaba casarse con él. Y prometía, además, brindarle —en un futuro no muy lejano— una cadena de sastrerías donde ella fuese el ama y jefa. Pero Esperanza, como buena católica, respetaría la figura de su esposo y esperaría por éste, incluso hasta la muerte.

Dentro del reloj de péndulo ubicado al centro de la estancia se encontraba la llavecita que servía para dar cuerda a éste. Luisa desplegó, entonces, la puertecilla de cristal y, como cada viernes antes de ir a la cama, dio cuerda al reloj... primero por el orificio izquierdo, después por el derecho.

Tino y Esteban dormían cada uno sobre el asiento de una silla, por debajo de la mesa... el largo mantel los mantenía en anonimato.

Apagó Luisa las luces y entró a la recámara de su madre (a pesar de tener muchos cuartos más en donde instalar la suya propia) y se encerró. Se dirigió, pues, al antiguo peinador de Esperanza estilo *coquette* y abrió uno de los tres cajones alhajeros el cual inmediatamente desprendió ese olor a madera vieja que tanto le hacía recordarla. Rememoró así las noches cuando Esperanza, en total silencio, peinaba aquellos largos, lacios y negros cabellos suyos sentada en el taburete de detalles churriguerescos y frente al espejo de contornos serpentinos y biselados, para continuar con el arreglo del cabello de su hija y tejerle, finalmente —como buena artesana de los hilos—, una elegante y vasta trenza que le rozaba las caderas. Ambas cabelleras eran herencia de tres generaciones atrás, pues la madre de Esperanza fue la primera de la progenie en disfrutar de tan fastuosa guedeja.

Cogió, entonces, la caja musical perteneciente a su abuela y con ternura desplegó la tapa cuando *Carta para Elisa* comenzó a sonar. Tomó a la bailarina del interior rojo aterciopelado y, colocándola en la pequeña pista de cristal, ésta comenzó a danzar dando giros sobre el eje de su diminuto y porcelanizado cuerpo.

Frente al espejo del gran ropero Luisa comenzó a despojarse de sus ropas. Inauguró la noche, su noche, desprendiéndose de la blusa blanca. Desabrochó cada botón empezando de abajo a arriba: su cintura definida comenzó a mostrarse, blanca, limpia, pura; revelando un delicado ombligo de pliegues perfectos.

Luisa, ahora, disfrutaba el desnudarse en la intimidad. Incluso, esperaba la noche —particularmente de fin de semana— para hacerlo y contemplarse. Aunque, ciertamente,

experimentara una innegable culpa por llevarlo a cabo en el espacio que por largos periodos compartió con su madre. No obstante, el espejo era tan grande que podía admirarse de pies a cabeza sin confín, y el ropero tan voluminoso que jamás podría moverlo ella sola. Y ni pensar permitir la entrada de hombre alguno a su casa para que le ayudase a cambiar el mueble de habitación, puesto que eso nunca estuvo permitido.

Al retirar la blusa emergió un sostén de tela blanca como lino que, al desabrocharlo, permitió mostrar un par de pechos colgantes como dos gotas, de exquisita hechura y de helados pezones... Pechos por los cuales se engendraba ya en ella una admiración, un enamoramiento, una devoción incipiente.

Deshizo, pues, el cordón de estambre tejido en ristra que sostenía firme la falda a su cadera para después dejarla deslizar por sobre sus piernas hasta caer ésta al suelo... La falda y demás prendas yacían prontamente abandonadas sobre un piso de mosaicos floreados sumamente despintados y corroídos por el andar de los años.

Así, sus pechos, subordinándose al instante ante los decretos de la física, colgaron como dos pendientes que oscilaban en jubilosas representaciones de Dios. Aún reclinada, Luisa levantó su rostro para mirar aquella imagen proyectada en el espejo y experimentar —en su muy íntimo saber— la vanidad y envanecimiento que de ellos se desprendía; como quien se enorgullece de haber descubierto un tesoro no hecho manifiesto por mucho tiempo atrás.

Contempló, ya en total despojo de prejuicio hereditario alguno y ante la vulnerabilidad y el frío de la desnudez, un cuerpo de mística manufactura por la estética

misma que lo encarnaba. Un cuerpo que poco a poco avivaba en ella una profunda apetencia de ser explorado.

\*\*\*

En la habitación ya se escuchaba un profundo respirar; era el aliento de Luisa al ser inhalado y exhalado dentro y fuera de un sueño insondable. Se encontraba, pues, extraviada en la ilusión; divagaba entre las tinieblas de la somnolencia y el espejismo de la ficción... de la realidad irreal. Se hallaba, categóricamente, inmersa en la fantasía del abandonarse por algunos momentos dentro de los escenarios —a la vez despiadados, a la vez complacientes— del sueño. Eran más de las dos de la madrugada y el silencio era total.

3:26 A.M.

Por sobre sus párpados cerrados podía percibirse el movimiento descontrolado de sus ojos al girar intranquilos y observar fehacientemente las visiones internas, las visiones oníricas:

Se trataba de imágenes en donde ella rezaba a Dios inclinada en la tierra y con la Biblia en las manos. Musitaba una y otra vez un salmo mientras una bomba nuclear emergía de dentro de la tierra para elevarse por sobre ésta con tal sonido perturbador que no permitía siquiera el moverse dada la presión que éste ejercía por encima de todo.

Todas las gentes, reclinadas y oprimidas hacia el suelo por el “peso” de los decibeles y con las manos cubriéndose los oídos, se miraban unas a otras horrorizados. Mutuamente se despedían sólo con la vista. Luisa experimentaba el terror en su sueño y miraba a su madre a una corta distancia: se despedían. En sus ojos se podía leer: “Todo ha

terminado, es la consumación de todo; fue un placer haber compartido contigo todo este tiempo”. Luisa contemplaba la escena harta de frustración e impotencia por la inmovilidad que le impedía correr y abrazar a su madre... Ambas se despedían.

La conmoción era general: la bomba, después de tomar una altura determinada, descendería con todo su peso hasta impactarse contra el suelo haciendo volar en millones de fragmentos gran parte de la superficie para terminar así con todo.

La respiración de Luisa se percibía exaltada. Era la presencia de la angustia aún latente por los hechos perpetrados en las ciudades japonesas dos años antes.

La mañana llegó, el calor del sol fustigaba incesante y directamente los pies de Luisa a través de la ventana, por lo que decidió que era hora de levantarse. Eran cerca de las ocho y cuarenta minutos. Tomó del respaldo de la silla la bata de dormir que por vez primera no había usado durante la noche. Se supo desnuda, se miró desnuda, ¡durmio desnuda! ...y eso la avivaba... y la complacía.

Salió entonces al balcón y escuchó en las afueras una voz: *¡...me vale un carajo!... ¡a la chingada todos!*

*¡Ja!, otra vez ese viejo reparón enfurecido porque la gente lo saluda. Debería ya saber que únicamente lo hacen para fastidiarlo. Antes le convendría limpiarse esas orejas atestadas de espinillas y cortarse esos pelos que le salen de la nariz y que casi se le meten por la boca... ¡Viejo loco!* —hizo saber Luisa a sus gatos, quienes maullaban, no pidiendo, sino exigiendo comer.

\*\*\*

La misa de Esperanza estaba programada para las seis de la tarde. Luisa se alistaba, se colocaba el vestido oscuro y aliñaba un cabello idéntico al de su madre. Con un velo negro cubriéndole la cabeza y con el rosario fuertemente apretado en una de sus manos, salió de casa.

Tino y Esteban miraban desde el balcón a su ama caminar por la banqueta hasta verla doblar la esquina, hasta perderse por entero. Ambos hacían pequeños e intermitentes ruiditos y no dejaban de seguirla con sus fijas miradas de gato. Luisa avanzó hasta que únicamente su sombra quedó tendida por sobre la acera: una sombra que se alargaba y dilatava rápidamente por encima de un piso rocoso en uno más de los atardeceres en San Idilio.

—Deme, por favor, un ramo de rosas blancas y uno de rosas rojas sin envoltorio —pidió Luisa a la anciana de la florería, quien llevaba puesto un estropeado rebozo y zapatos casi hechos pedazos.

—Son para tu madre hoy en el aniversario de su lamentable partida, ¿no es así, mujer? Lo sé, la recuerdo bien. Recuerdo sus ojos cristalizarse cada vez que, desde la desaparición de don Jacinto, venía y contemplaba las flores sin llevarse nada; seguramente pensando en aquellos días cuando juntos, ella y tu padre, venían a comprar algún ramo después de acudir a la misa dominical —comentó la anciana.

Luisa guardó silencio y sólo tomó las rosas. Pagó y se marchó.

En la iglesia se encontraban ya algunos de los más antiguos pobladores de San Idilio: la señora Juana, doña Lucrecia, Santiago, Zenaida, don Rogelio (de pie y sosteniéndose con su bastón al tiempo que humedecía su frente con las «aguas bendecidas por Dios», según decía).

Algunos hincados, otros más sentados frente al sagrario y persignándose ante aquellas «sangrantes representaciones de la fe punitiva de Cristo nuestro señor» (como Luisa insistía mentalmente en señalar) estaban ya presentes para el comienzo de la ceremonia alusiva a Esperanza.

*Buenas tardes tengan todos ustedes. Vamos a dar comienzo a la misa de nuestra hermana Esperanza, a quien el Señor dispuso llevarse a su santo reino hace ya un año y por quien elevaremos una oración, pongámonos de pie...* —comenzó la misa el cura suplente de la parroquia, pues el Padre Ramiro, presbítero principal, se hallaba indispuerto motivo de una reunión entre clérigos la noche anterior y donde el vino había corrido *como la leche y la miel*.

A la derecha del cura, y sosteniendo un incensario, se encontraba un joven acólito al cual Luisa había seguido con la mirada desde su balcón ya en varias ocasiones. El joven, residente de la parroquia desde muy pequeño, permanecía inadvertido ante la acechante mirada de ella.

*Seguramente nunca ha besado a nadie...* — especuló Luisa.

Segundos más tarde el joven dio cuenta de la incesante mirada, por lo que comenzó a morderse el labio inferior mientras trataba de disimular mirando hacia la cúpula del templo.

Luisa se olvidó por algunos instantes del momento ofrendado a su madre; su mente comenzó a divagar, a crear imágenes que no le parecían tan abominables suponer a pesar del lugar en donde se encontraba.

De entre las hojas del libro litúrgico sacó una pequeña estampa en cuyo reverso comenzó a escribir:

*Es todavía hoy el día en que no he podido cruzar palabra contigo. En realidad no sé qué es lo que me ha llevado a firmar esta carta, pero quizá ahora ha llegado el momento de decirte que de tiempo atrás te observo pasar; que te miro desde mi balcón cuando caminas por la calle con ese paso como si respetases el piso; que contemplo tu figura hasta perderte de vista... y que calculo el tiempo de tu regreso para salir y mirarte onuevamente... Hasta volverte a sentir extraviado de mí.*

*Quiero que sepas que a veces no resisto más, y que, de tener el valor suficiente, bajaría corriendo por las escaleras como una loca para hacerte saber que eres el joven más apuesto de todo San Idilio.*

Abrió nuevamente el misal y guardó la nota.

La misa transcurrió como de costumbre. Al final, Luisa recibió las condolencias obligadas de los pobladores pertinentes. Apresó entre sus brazos algunos ramos de flores que le fueron entregados y se despidió no sin antes averiguar —con la mirada— el paradero del joven (presencia que hacía escuchar, y por primera vez en la mente de Luisa, una voz antes sorda).

Al salir de la parroquia experimentó la sensación de ser acechada por una mirada. Peculiarmente, percibió ser observada por alguien que, en casos muy caprichosos, se ocultaría cuando ella girara en su búsqueda.

Ya en casa, Luisa colocó todas las flores recibidas en memoria de su madre en un desusado florero y, olvidando poner agua en él, comentó a sus gatos: *Es fastidioso figurarse que alguien te mira, que te espía y conspira a tus espaldas no sé cuántas cosas. Diría mi madre: “¡Ya pues, desfija tu vigilancia de mí!” ...Es por eso y por todo que detesto cada vez más salir a la calle.*

Y continuó: *Quizá debiera yo acudir con el sacerdote de la parroquia y decirle que sí deseo pertenecer a su comunidad evangélica, como tanto me lo ha propuesto. Así podría saber lo que es servir a alguien o a algo, aunque sea servir a Dios. ¡Cantaría las antífonas en latín si así me lo pidiese!*

Tino, con su gran mancha negra circundándole el ojo, lamía la cabeza de Esteban mientras éste dormía.

Luisa caminó, entonces, al peinador. Extendió el cajón inferior para sacar de ahí la Biblia y disponerse a leerla.

—Me recuerda tanto a mi madre —se dijo a ella misma y a sus camaradas felinos—. Miro ahora la Biblia en mis manos y se parecen tanto a las suyas... sosteniéndola, con sus pastas rojo sangre.

A Luisa le apasionaba el Cantar de los Cantares y los Proverbios atribuidos a Salomón:

*Es la vanidad en la mujer como anillo de oro en hocico de un cerdo,* —repetía constantemente cuando comenzaba a retocarse frente al espejo. *¿Y ahora?, mírenme aquí,*

*más fría de lo que Esperanza debe estar en la tumba. Antes que “Luisa” debió llamarme “Frígida”, si es lo que tanto le inquietaba.*

*¡Gatos malagradecidos!, les importa una semilla de mostaza lo que les diga. Deberían de agradecer a mi madre por haberlos rescatado en aquella fría noche donde fácilmente hubieran sido cena de perros hambrientos. ¡Y vaya que hay tan pocos en todo San Idilio!*

Luisa disfrutaba nuevamente con la lectura de la Biblia a pesar de haberlo hecho ya en varias ocasiones y desde muy pequeña. Asimismo, gozaba también en su haber literario con las lecturas de una vasta lista de títulos más, todos ellos reunidos en un enorme y viejo veliz perteneciente a su padre y encontrado por ella siendo aún muy niña. Algunos de estos títulos comprendían a autores como Edgar Alan Poe, Lovecraft, aun del poeta uruguayo Conde de Lautréamont, esto en cuanto a lectura de tópicos sombríos (mismos que gustaba mucho de leer por la noche aunque le causasen cierto miedo); así como *El retrato de Dorian Gray*, cuentos de los Hermanos Grimm y varios más de los autores clásicos.

Al llegar a Levítico 18 Luisa emprendió un *éxodo* interior, tanto que logró llegar hasta donde se hallaba la fuente de su erotismo más recóndito. *Vaya que no tendría problema por contemplar la desnudez del joven parroquiano* —fantaseó llevándose una de sus manos a la entrepierna para iniciar un peregrinar de sensaciones y sacudidas imaginativas, abriendo para ello cada vez más ambas piernas y acrecentando el sabido placer muy poco antes hecho vida... Cerró la Biblia y la colocó a un lado.

La culpa había quedado atrás casi en su totalidad. Quedaban sólo restos de lo que Esperanza había sembrado con tal interés y con el objetivo único de contener en su hija cualquier “desorden” carnal.

Tomó nuevamente la Biblia y, mientras más avanzaba en su lectura, más entendía hasta dónde era posible experimentar con las pasiones del cuerpo. Así penetrara cada vez en el saber de lo que a la humanidad le estaba prohibido llevar a la práctica, conocía más acerca de ésta.

Afuera ya se escuchaba el silbato del viejo Inodoro, quien vendía el pan por las calles del pueblo hacía muchas décadas atrás y que debía su nombre a un error de escritura por parte de la asistente del registro civil, quien, al estar apurada por salir corriendo directo a los brazos de su amor pachuco, presionó la letra “n” de la Royal KMM por la letra “s”.

\*\*\*

El tren de las doce de la noche se escuchó con todo su estrépito y Luisa salió al balcón a verlo pasar. Recordó cuando su madre descendía de él en la estación del pueblo para ella, apurada, bajar para ayudar con las cargas de tela y botonería producto de las compras llevadas a cabo en el centro la Ciudad de México.

Tino se mostró enfermo durante la noche y murió apenas la mañana siguiente. Amaneció tieso en la tina de baño con Esteban a su lado. Seguramente había acaecido por envenenamiento —pensaba Luisa con recelo.

El difunto gato era moteado y grande. Éste alguna vez saltó en defensa de Esperanza cuando un perro que vagaba por el vecindario quiso arrancarle de una dentellada la bolsa

del mandado; Tino, entonces, salió como demonio a su encuentro propinándole severos rasguños en la nariz y haciéndolo caer un piso abajo sobre la fuente del patio central, para luego huir a toda velocidad.

Luisa elaboró un pequeño ataúd de cartón en el cual depositó a Tino hecho bulto en una toalla derruida. Colocó el féretro al centro de una mesa y lo veló durante el resto del día. Se deprimió tanto que no quitó la vista de la caja y no probó comida alguna durante el velorio. Lloró gran parte del tiempo mientras reclamaba a Dios por el abandono al que —según ella— a su arbitrio la había confinado.

Sentía morir. Al llegar la noche cargó el pequeño ataúd hasta el mismo pozo al que acompañaba a su madre para obtener agua, y que desde hacía mucho se encontraba seco. Ya frente a la que sería la tumba de Tino, Luisa bajó, atado a una cuerda, el pequeño féretro y lo colocó hasta el fondo de la perforación. Tan lentamente deslizaba ella entre sus manos la cuerda como las lágrimas resbalaban por su rostro para caer al vacío. Por un momento pensó ella en arrojarse dentro del pozo extinto. No soportaba la idea de volver a la desolación de su apartamento.

Ya avanzada la noche, Luisa caminó de regreso al pueblo. Las mangas del suéter que llevaba le rebasaban las manos, como arrastrándolas por el aire. En su andar y bajo un intenso resplandor lunar ella pisaba los adoquines poniendo fija atención en no hacerlo hasta cada tercero de éstos... dos no, uno sí; dos no, uno sí...

Se desplomó, posteriormente, sobre una banca del parque central en una madrugada enlutada. Insistentemente el fulgor nocturno se infiltraba de entre las ramas de la arboleda

para alumbrar su desfallecida silueta. Durmió ahí hasta que el barullo matutino de San Idilio la despertó.

A la alborada, el portón de la vecindad rechinó una vez más y, con la habitual trenza ahora deshecha, Luisa avanzó arrastrando los pies en dirección a su refugio: el apartamento de su madre.

— ¡Buenos días, Luisa! —le saludó don Cirino al cruzar el patio de la vecindad. Ella, con un entreabrir de ojos acompasado con un obligado movimiento de cabeza y sin decir una sola palabra, correspondió a la cortesía. Esteban la esperaba al pie de la puerta. Una vez dentro, Luisa caminó hacia la cocina, cogió un abollado pocillo que contenía café ya preparado y, como apenas pudiéndolo sostener, lo colocó en la estufa para calentarlo. Ya a punto de hervir, vertió el líquido en una taza que tenía la oreja rota: rodeándola totalmente con sus manos para así calentarlas; bebió serenamente sin dejar de mirar a Esteban que no paraba de maullar.

Sentada a la orilla de la cama terminó su bebida sorbo a sorbo dando también pequeñas mordidas a un pan que había encontrado por allí, cerró las cortinas y se recostó para quedarse dormida poco menos que al instante. Mientras, Esteban olfateaba dentro de su plato de comida y engullía los restos que ahí quedaban.

\*\*\*

Afuera se escuchaba la actividad cotidiana de San Idilio. El kiosco, como de la nada, comenzó a ocuparse por los pobladores. El frescor desplazaba, casi de manera súbita, al calor... como todos los días, a la misma hora.

Resonaban fuerte ya las campanas para misa de siete. Don Inodoro tocaba su silbato anunciando el pan para la cena. Luisa aún yacía sobre su cama confinando al sueño toda la impaciencia que le asolaba una vez en vela.

La luna iluminó la noche, Esteban moría de hambre y husmeaba entre una cantidad de cosas que permanecían sobre la mesa.

Luisa daba constantes vueltas en la cama y, aunque dormida, parecía inquieta...

*San Idilio se encuentra solo, el cielo y el ambiente es gris. Hace frío y llovizna. Los habitantes del pueblo están dentro de sus casas. Luisa, con los pies calzados con sandalias y sucios de lodo hasta los tobillos, camina a mitad de la calle sin pavimentar.*

*Utiliza un camisón blanco de dormir salpicado por la parte inferior. Lleva el cabello suelto. Camina al centro de la calle con un andar descontrolado, atolondrada. Lleva en las manos, pegado al pecho, un ramo de flores. El piso está mojado y enlodado por la lluvia que no paró de caer durante toda la noche. Se dirige al cementerio donde se halla sepultada Esperanza. Al estar frente a la tumba levanta la mirada y observa a lo lejos un funeral. Se detiene. Mira a su alrededor de manera inquieta. Pospone por un momento la observancia con la tumba de su madre. Avanza hacia el sepelio.*

*La lluvia comienza otra vez.*

*Luisa mira fijamente sus pies mientras camina. Ha perdido las sandalias entre las tumbas, ahora está descalza. Se acerca a la ceremonia fúnebre.*

*De entre los dolientes aparece una figura, su figura. Hay mucha gente. Algunos de los presentes están sentados en sillas colocadas bajo una pequeña carpa. Se escucha una alabanza cristiana dedicada al difunto:*

*“Allá en el cielo, allá en el cielo,  
allá en el cielo: no habrá más llanto  
ni más tristeza ni más dolor...”*

*Un grupo de cristianos toca y canta alrededor de la tumba... aún abierta, aún vacía.*

*Las mandolinas resuenan fuertemente, las cajas de las guitarras emiten los enérgicos ecos de la muerte, y las voces se levantan para dar el póstumo adiós al muerto.*

*Luisa se acerca con paso lento. Muestra un gesto de extrañeza al mirar a las decenas de personas que despiden al occiso. Se hace evidente una expresión de asombro en su rostro: desea saber a quién sepultan... de quién se trata.*

*Ella toma lugar detrás de dos mujeres que lloran. Su rostro puede distinguirse de entre las cabezas de ambas. Al comenzar el descenso de la caja el llanto sube descomunadamente de tono. Cuatro enterradores tiran de los extremos de dos bandas para hacer bajar la caja. El féretro es metálico, de color gris y con proporciones de adulto. Una silueta impresa y orificios sobre la tapa del ataúd hacen ver que una cruz de Cristo fue retirada (posiblemente con la intención de ser conservada por uno de los familiares como fetiche luctuoso). El ataúd baja*

*lentamente mientras la multitud llora desconsoladamente. Una de las mujeres dice a la otra (Luisa escucha): “Mira a la madre, pobre de ella; quisiera arrojarse dentro de la fosa y que le echasen tierra junto con su hijo”. Luisa voltea y mira con asombro a la señora que habla, después levanta la mirada y contempla con detenimiento a la madre del difunto.*

*Al descender la caja a mitad de la cárcava la madre del difunto (que utiliza lentes oscuros) se dirige al padre del sepultando y, de su abrazo fuerte, toma a dos niños pequeños y los acerca a pie del sepulcro. La madre toma tierra con una de sus manos y la arroja encima del féretro; posteriormente, insta a los chicos a hacer lo mismo. Los niños toman tierra con sus pequeñas manos y la arrojan encima del ataúd... que baja. La tierra choca contra la tapa y se desperdiga por ambos lados de la caja. Ésta continúa descendiendo lentamente mientras el llanto se escucha cada vez con mayor fuerza.*

*Detrás de la escena de muerte, un árbol grande y viejo agita sus ramas fuertemente, azotado por el viento.*

*La multitud permanece inmóvil ante la tumba mientras los cantos continúan cada vez con más ánimo:*

*“Allá en el cielo, allá en el cielo,  
allá en el cielo no habrá más llanto  
ni más tristeza ni más dolor...”*

*Luisa gira su rostro y ve que, en un funeral cercano, la gente vuelve su mirada atraída por el ímpetu que el sepelio infunde.*

*Ella camina en círculo por detrás de las personas con cabezas inclinadas, se lleva una mano al regazo y ciñe con fuerza la cruz que cuelga de su cuello (con la otra sostiene el ramo de flores). Sus labios muestran el rezo que hace por la salvación del desconocido. Por su rostro corren algunas lágrimas.*

*Al pie de la tumba la madre del difunto abraza a ambos chicos, los tres lloran inconsolablemente. Todo alrededor es canto... y llanto.*

*El padre, tomado del brazo de una mujer, llora amargamente. Muestra un semblante de absoluta pena.*

*Las guitarras y mandolinas reverberan en manos de los cristianos. Uno de ellos, que está de pie a un lado de los hermanos y la madre del fallecido, dice a ésta: “No llore más, él ahora está en el cielo, a un costado de Dios. Debe usted estar feliz. Él ahora la contempla desde el cielo y se entristece al verla llorar. Siéntase jubilosa, él ahora es salvo. Cuántos de nosotros quisiéramos estar en su lugar. Él ahora ve a Dios”...La madre sólo escucha, sin voltear siquiera a verlo.*

*Luisa se detiene entre los dolientes y observa el féretro llegar a la profundidad.*

*Los sepultureros comienzan a arrojar tierra encima del ataúd al tiempo que el canto y el llanto se transforman en himno de muerte. El sepulcro está ya cubierto. Es colocada la lápida sobre la tumba. Las coronas de flores y decenas*

*de ramos son depositados por los presentes, que se concentran alrededor del sepulcro. La gente comienza a retirarse envueltos en un llanto descomunal.*

*Luisa se queda sola. Lentamente se acerca y se detiene frente a la sepultura. Ésta muestra una lápida de mármol. Ella musita lo que las letras grabadas rezan: “Ahora continuamos solos la marcha, misma que durante 15 años caminamos juntos, sin detenernos; hasta hoy, que te fuiste antes... Te llorarán por siempre tu padre, tu madre y tus hermanos, quienes anhelamos volver a sonreír contigo en breve. F. L. C. septiembre 1928 – diciembre 1943”. Ella deposita el ramo de flores sobre la tumba; se arrodilla encima de la lápida, su vestido se humedece rápidamente con lo mojado de ésta. Retira una espina de rosa clavada en su mano: una línea de sangre mana de la herida y cae sobre la lápida. Luisa dice: “Sólo tenías 15 años, y tu cuerpo ahora se encuentra inerte en esa caja, allá abajo. Debes tener frío, al igual que Esperanza. En estos momentos no tendría problema por acompañarte en tu soledad, muchacho. Habrías de haber visto a tu madre y a tus hermanos, querrían morir contigo. Tu padre no podía sostenerse en pie. Ahora todos se han ido y te has quedado aquí, bajo tierra; solo, para siempre...”*

*La lluvia se ha detenido. Luisa mira la lápida y se recarga en ella con sus dos manos, arrodillada. Se escucha una voz infantil que refiere:*

*“¿Desea que pinte de algún color las letras grabadas en la lápida?”*

*Ella voltea y mira a un chico de pie a su lado. El niño lleva un morral tejido, algunas latas de pintura, pinceles y brochas. Luisa gira su rostro nuevamente a la tumba y dice:*

*—No tengo para pagarte...*

*El niño abre su morral, saca una lata, la abre.*

*— ¿Le gusta el color oro? —Luisa no contesta.*

*El niño toma un trapo y comienza a secar la lápida, abre una lata de pintura, introduce un pincel y comienza a pintar sobre las letras grabadas en el mármol. Después se echa hacia atrás para dejar secar su trabajo. Dice:*

*— “Hoy mi padre golpeó a mi madre, y quise matarlo. Mi madre no hizo nada para defenderse. Por las noches pienso que sería mejor morir; a veces lloro sin que nadie se dé cuenta. Pero luego el sueño me vence y a la mañana siguiente trato de no recordar nada...”*

*Luisa no contesta, continúa en genuflexión ante al sepulcro. Su rostro muestra afligido, como si el enterrado fuese alguien cercano.*

*— “¡Vaya día, tan malo para trabajar! Todas las tumbas se han mojado y casi no hay muertitos” — comenta el chico—. “¿Puedes ver allá donde está aquel pozo? Allí enterraron a un hombre que, se dice, murió durante la Revolución. Después, su cráneo apareció en la cubeta de una mujer que sacaba agua. Supieron que se trataba de él porque días después apareció también el cinturón y la pistola con que había sido enterrado...Allí puedes encontrarme. La tumba del revolucionario quedó vacía y el agua hizo una cueva. Allí paso los días cuando no quiero llegar a casa”.*

*Posteriormente, el niño saca de su morral una piedra plana por uno de sus lados y comienza a tallar por encima de la inscripción, para así retirar el exceso de pintura.*

—“Nunca conocí a mi padre...” — da cuenta Luisa sin voltear a mirar al niño. Ella se levanta y se marcha. Se aleja con su mismo caminar, como si se encontrase ebria. El chico levanta sus utensilios rápidamente sin dejar de mirarla y corre tras ella. Luisa, sin mirar atrás pero percibiendo su aproximación, corre; emprende la huida y se pierde a lo largo de la bajada. El niño se detiene al ver que ella se aleja caprichosamente, y grita: “¡Mi nombre es Guacho!”

“...Te conozco...” —dice Luisa para sí.

Nuevamente empieza a llover y con el agua las letras de la lápida comienzan a despintarse y a escurrir.

Luisa llega a su apartamento. La puerta se abre y ella entra por entero empapada, la bata de dormir se le pega al cuerpo.

Al verla, Esteban la increpa con sus chillidos. Ella se dirige a la cocina, destapa una olla, toma una pieza de pollo y se la da. Esteban la devora con avidez. Posteriormente, se dirige al baño, se desnuda, toma una toalla y comienza a secar su cuerpo de abajo hacia arriba. Sale del baño totalmente desnuda y comienza a secarse el cabello tirando de él por enfrente de su rostro. Se detiene a medio pasillo, al momento que salta de susto por el estruendo de un relámpago.

Un crucifijo que pende de la pared se vence hacia uno de sus lados y comienza a mecerse. Luisa lo mira y dice: “Es mi madre enojada conmigo por haber depositado su ramo en otra tumba”.

Esteban se lame las patas ante el plato vacío. La cruz detiene su movimiento. Ella se dirige a su recámara; toma asiento frente al tocador; peina su

*largo cabello. Enseguida se levanta, coge un camisón limpio y seco de dentro del ropero y se viste. Entonces dirige su vista hacia la cama: se mira acostada, dormida; escucha su propia respiración.*

De un salto Luisa despertó mientras apretaba fuertemente las cobijas con sus puños; miró a su derredor. Inmóvil, petrificada, sólo miraba al techo. Poco después se levantó, diciendo: *¡Necesito algo de beber!* Tomó del ropero un blusón limpio y seco, enjugó el sudor de su frente con un paño, se dirigió a la puerta y salió. Subió las escaleras, se colocó frente a una puerta en la que se leía en un letrero colgante: “Don Regio, caporal principal de Dios”. Un hombre de apariencia desaliñada abrió y señaló:

— ¿Por fin te has decidido...?

Luisa, mirando hacia otro lugar, le respondió:

—Deme algo de beber...

—Sabía que tocarías a mi puerta, antes del canto del gallo...

El hombre, con una risa obligada, dio la vuelta y se dirigió hacia la cantina de su estancia, para volver hacia ella y ofrecerle un vaso con licor.

—No está lo suficientemente lleno —reclamó.

El hombre tomó el vaso de su mano y volvió a la cantina: lo llenó a tope y regresó.

— ¿Suficiente?

—Nunca es suficiente... —respondió Luisa arrebatándole el vaso y dando media vuelta para retirarse.

El hombre gritó:

—Igual de loca que tu madre...

Luisa regresó, arrebató la botella de la mano de él y se marchó diciendo:

— ¡Maldito cobarde! ¡Malditos cobardes! ¡Todos!

Luisa subió las escaleras hasta la azotea mientras se llevaba la botella a la boca continuamente.

Esteban apareció repentinamente sobre uno de los muros. Juegos pirotécnicos se veían a lo lejos en la festividad del pueblo aledaño. Luisa se acercó al gato y, mirando las luces por encima de ella, enunció: *Un año de la muerte de mi madre ya. Ahora comienzo a mirar los colores más punzantes; ya no desde los colores de la infancia, ya no desde el color de la menarca. Hoy mi vida me pertenece; hoy mi vida es de mi propiedad.*

Luisa bebía aún más licor por lo que comenzaba a manifestar comportamientos de embriaguez. Tomó asiento en el piso, se recargó en la pequeña barda de espalda a la calle y colocó la botella en el suelo. Ya un tanto alcoholizada, pronunció: *¡Dios!, ¿puedes serenar mis demonios? ¿Llevarme a la alcoba de mi madre? ¿Decirle a ella, “que la tienes tan cerca”, cuánto odié siempre su santidad? Y, llevándose la mano a la entrepierna, continuó: ¡Anda, tócame en donde mi madre no se atrevía siquiera a tocarse ella misma!*

A la azotea llegaron algunos gatos más. Luisa exclamó: *¡Oh, Dios, estoy harta de celo y me derrito por dentro!* Gran cantidad de juegos pirotécnicos tronaron fuertemente detrás de ella, mientras los gatos la rodeaban.

Se escuchó a lo lejos una procesión: Luisa se levantó y se asomó hacia la calle. Una peregrinación avanzaba por la calle llevando una enorme imagen de Cristo. La multitud cantaba y rezaba. Luisa miró la escena y dijo para sí con una voz que cada vez se hacía más ronca: *¡Maristas resignados con alas de fábula! ¡Maldito teatro de superstición! ¡Locos vacilantes!*

Precipitadamente, y en un arrebato, giró en busca de algo qué coger: tomó al primer gato que tenía cerca y lo arrojó al vacío sobre la multitud; enseguida tomó uno más e hizo lo mismo. Se escucharon algunos gritos provenientes de la procesión. Luisa bajó apresuradamente por las escaleras. La puerta de su apartamento se cerró.

\*\*\*

En todo San Idilio imperaba la calma. Sus casas, árboles, colinas y un cielo despejado y rutilantemente azul permanecían en armonía con los sonidos de la naturaleza.

Las campanas de la iglesia redoblan con fuerza al tiempo en que un hombre ataba su caballo al cabrestante; cierta mujer vaciaba el contenido del bacín desde la ventana de su casa hacia la calle; y la mano de una joven apretaba fuertemente una piedra cuando hacía el amor con su pareja sobre el pasto, en el campo.

En la parroquia del pueblo ya se desarrollaba una vez más la misa. El templo estaba colmado de feligreses. El Padre Ramiro predicaba los responsorios dominicales mientras Luisa se persignaba sentada en la primera fila, llevando una pañoleta sobre la cabeza.

El servicio terminó y la congregación tomó camino fuera del recinto. Luisa se levantó y caminó hacia la salida. Salió con la cabeza un tanto baja y con mucha discreción, como avergonzada.

Mucha gente se había congregado afuera de la iglesia. Luisa observó a un grupo de señoras y a un señor con ellas. Los miró con el rabillo del ojo y escuchó lo que una de ellas decía: "...la grasa de serpiente es buena para las heridas y cicatrices". Una señora más dijo: "¡Gatos endemoniados! Por eso mi abuelo no fallaba al tirarles con la escopeta". El señor recusó: "Hermana, no maldiga frente a la casa de Dios".

Luisa pudo distinguir algunos rasguños en el rostro de una de las señoras mientras las demás la rodeaban compasivamente. Giró su rostro de manera veloz y continuó su camino entre la gente.

Un joven salió a su camino. Se trataba del acólito de la parroquia. La tomó del brazo y le acusó:

—Usted fue quien causó todo este daño a la congregación. Yo logré verla en lo alto de la vecindad donde vive también don Regio.

—Tú no viste nada, escuincle... —respondió ella al tiempo que, mirándolo con desaire, soltó su brazo bruscamente de la mano de él. Caminó después entre la multitud con un rictus de sorna en su rostro. Así, antes de dirigirse a su apartamento, decidió dar un paseo por el campo.

Luisa caminaba ya por el pastizal. Llevaba entre las manos un pequeño libro. Ella utilizaba un vestido blanco, largo y utilizaba el cabello trenzado, el amarre casi le llegaba a la cintura. A pesar de la resaca, Luisa lucía airosa.

...En el campo, un hombre terminaba de cubrir un pequeño agujero que había cavado en la tierra. Luisa se aproximó a él:

— ¿Qué es lo que hace, don Agraciado? —preguntó ella.

—Entierro mi pasado, es demasiado añejo para llevarlo aún cargando en hombros. Ya la espalda me cruje... y la cintura me rechina —hizo una pausa mientras trataba de tener una postura erguida y sobarse la cadera.

—Lo entiendo... —contestó ella.

—No niña, no es así. (Bueno, lo de mi espalda y cintura sí lo es). Pero no entierro mi pasado. Entierro a un gato que, poseído por Satán, ayer por la noche agredió a los creyentes que caminaban en procesión rumbo a la capilla del pueblo. ¡Vaya noche! En realidad fueron dos demonios los que cayeron como de las alturas —don Agraciado miró a lo alto y se persignó—. Arañaron a la señora Eligia y a la esposa de don Concubino, que en paz descansen. Para su buena suerte uno logró escapar de la ira de Dios, y se escabulló... al fin gato.

—...Entonces no fue uno, sino dos gatos. Y no hirieron a “toda” la congregación como usted acaba de... — trató de enmendar el comentario Luisa cuando fue interrumpida.

—Jamás dije que habían herido a toda la congregación...

—Sucedo que usted dijo que habían herido a la congregación, y la congregación es tod...

—Yo dije que habían “agredido” a los creyentes; porque es muy distinto “herir” que “agredir”. Pero como haya sido. Da lo mismo.

—Pues no, no da lo mismo, porque no fue a toda la congregación: sólo agredieron, o hirieron, o lastimaron (o como sea) a la señora Eligia y a la esposa de don Concubino, ¿no es así?

— ¿Acaso, niña, estás defendiendo a esos gatos del demonio?

— ¿Defenderlos yo? ¡No, para nada! ¿Por qué habría de hacerlo? ¡Vaya locura!... En estos momentos deben estar achicharrándose en el infierno. ¡Salúdeme a doña Sufrides!

—De tu parte...

Luisa se retiró dando pequeños saltos colmados de hilaridad para continuar camino arriba. Trató de alcanzar a un conejo que pronto se refugió en su madriguera. Justo a un lado de ésta ella se tiró sobre el pastizal levantando las rodillas y abriendo ligeramente las piernas. La falda se levantó un poco, y pronunció: *¡Vaya que Dios tiene confundido a “su pueblo”! ¡Mira que decir una cosa y defender otra...! Después pronunció a tono de gruño: ¡Mentira que llevaste a Esperanza y al muchacho del sepelio a tu reino! Los llevaste directito a la tumba... De donde no se levantarán jamás nunca.*

Ella permanecía recostada sobre el pasto absorta en la lectura del librito que llevaba consigo. A lo lejos apareció la figura del joven acólito. Se había quitado ya el atuendo

religioso. Luisa, a la vez que leía, se tapaba la luz del sol con el libro. La sombra del muchacho cayó sobre ella.

— ¿Qué problema tiene con Dios?

Luisa retiró el libro, se cubrió con la mano la luz del sol para así poder avistar quién le hablaba. Guiñó los ojos. Al ver que se trataba del joven acólito y, en una falsa actitud de desdén, volvió a poner el libro ante sus ojos y comenzó a aparentar que continuaba con su lectura. Permaneció tendida sobre el césped sin cambiar ni un milímetro de postura, y respondió:

— ¿Que qué problema tengo con Dios? ¡Ja! ¿Qué problema tienes tú con él, que vives encerrado en un sótano y además le regalas tu juventud?

El acólito miró a Luisa de arriba abajo mostrándose un tanto perturbado, se movía ligeramente a su derecha y a su izquierda tratando de huir de algo.

— ¿Puede, por favor, incorporarse? —Le solicitó el muchacho mientras ella continuaba aparentando la lectura de su libro.

Luisa permanecía con las rodillas flexionadas y las piernas entreabiertas.

— ¿Quién te crees para hablarme de esa manera?

— ¿Puede incorporarse...? La conozco, es usted hija de Esperanza...

Luisa se incorporó para quedar finalmente sentada: mirando hacia el cielo, levantó las manos y exclamó a la vez que hacía un movimiento de negación con la cabeza:

— ¡Esperanza, Esperanza, siempre Esperanza! ¡Esperanza ya descansa! ¡¿Por qué no dejarla así?!

—Pero si es usted quién no la deja ir —contestó el joven—. ¡Mire que arrojar gatos a una multitud de feligreses! Debería mesarse los cabellos de arrepentimiento.

— ¡¿Qué locura dices?!

— Le repito que yo lo vi todo. ¡Por amor a Dios!

— ¡¿Qué tiene que ver Dios con esto?!

— ¡Ése es precisamente el problema! ¡Pelear con Dios es pelear consigo mismo!

¿Es que aún no ha hallado...?

Luisa lo interrumpió al tiempo que le dedicaba una mirada en la que entreabría los ojos de manera acompasada, levantaba las pestañas persuasivamente y bajaba la cabeza a manera de galantería:

— ¿"Es que..." aún eres virgen, Josué?

El muchacho guardó silencio de inmediato y se echó hacia atrás sorprendido. (El padre Ramiro había llamado "Josué" al chico una vez que, al ser entregado éste a la iglesia a la edad de tres años, vio en él una mirada que, según el padre, derrumbaría cualquier muralla.)

— ¿Qué dice? ¿Cómo sabe mi nombre?

Luisa giró los ojos al cielo y levantó ligeramente el rostro en un gesto que hizo notar una vez más un evidente coqueteo.

El acólito dio media vuelta con la intención de retirarse.

— ¿Qué tú crees...? ¿Que el Padre no lo hace? Es bien sabido el romance que se trae con la hija de don Porfirio —señaló ella mientras le extendía la mano para que la ayudara a levantarse.

— ¡Anda, ayúdame a ponerme de pie!

El joven se detuvo entonces y volvió a ella para ayudarla.

— ¿Hasta San José, el pueblo vecino, conoce de tu virginidad?

—...Por supuesto, soy un religioso.

— ¡¿Lo eres... aún?! ...Quiero decir, virgen...

—Le he dicho que soy un religioso. Y lo del Padre Ramiro son sólo habladurías.

— ¡Habladurías! —repitió ella con burla.

A unos cuantos metros caminaba un rebaño de borregos haciendo sonar fuertemente sus campanas. Ambos guardaron silencio. Luisa comenzó a avanzar campo arriba.

—Bueno, ¿y qué es lo que quieres? ¿Para qué me has seguido hasta aquí?

El muchacho caminó tras ella.

—Es imperioso hacer saber quién ha sido el responsable de la agresión de los gatos... —y, señalando a Luisa con dedo acusatorio, aseveró—: En este caso... *la* responsable. La gente está muy consternada. El pueblo es muy supersticioso, y no entienden cómo pudo caer, así como así, un par de gatos del cielo.

—Tú lo has dicho: “cayeron del cielo”.

—...Creen que se trata de un mal augurio. No dejaron de tocar durante toda la noche las puertas de la iglesia para molestar al padre Ramiro.

Luisa no se detenía ni un momento en su andar. Caminaba campo adentro haciendo que el joven la siguiera.

—Vengo a invitarte a que confieses la verdad.

— ¡La verdad, la verdad! ¡¿Qué sabes tú de la “verdad”?! Si sólo conoces la verdad de Dios.

Josué trataba de no escuchar las palabras de ella.

—Será mejor para ti y para todos que aceptes tu herejía.

Luisa se detuvo al instante para voltear y mirar suspicazmente al joven.

— ¿Herejía? ¿Y eso es muy malo?

El joven frenó su paso y la miró con desconfianza.

— ¿No te parece una herejía arrojar desde una azotea a un par de indefensos gatos? ¿Y hacerlo, aún, sobre una procesión de creyentes católicos que lo único que hace es servir a Dios...? Ahora sí que te has condenado.

Luisa, al escuchar eso, se acercó a él y enredó su brazo con el suyo fuertemente. Josué se mostró desconcertado. No supo qué hacer.

Artificiosamente, ella se ciñó más a él y, anudándole la bufanda al cuello, le interrogó apoyando la cabeza sobre su hombro:

— ¿...Y eso es un gran pecado?

—No sólo es un gran pecado, es una total condena al fuego eterno... Y no lo digo yo, lo dicen las Sagradas Escrituras —contestó él mientras la alejaba con brusquedad.

Josué la tomó de un brazo y trató de llevarla a la fuerza al momento que trataba de retirarse la bufanda con la otra mano.

—Es preferible hacérselo saber al padre Ramiro ahorita mismo... y tú se lo dirás.

Luisa intentaba soltarse echando con mucha fuerza su cuerpo hacia atrás.

—Espera, no lo haré. Sería sentenciarme ante todo el pueblo. Me tildarían de bruja... Me quemarían como en la Inquisición...

— Será mejor que te quemes en esta vida a que lo hagas por la eternidad. Tendrás que confesarlo. Yo no me atrevo a denunciarte, pero si no lo declaras tú misma, no me dejarás otra alternativa.

Ambos comenzaron a forcejear. Ella logró zafarse y corrió alejándose a toda prisa no sin antes tratar de arrebatar la bufanda de sus manos pero sin conseguirlo, pues de manera instintiva, Josué la quitó de su alcance.

\*\*\*

Las cobijas cubrían a Josué hasta el cuello. Miraba al techo fijamente. Era ya de noche. Un pequeño candil sostenía una vela encendida, la luz alumbraba sus ojos. Venían a su cabeza, sin poder evitarlo, las imágenes de Luisa recostada sobre el pasto con las piernas entreabiertas y el vestido ligeramente arriba. Se escuchó entonces la campana que servía como timbre cuando alguien llamaba a la puerta y que de la misma se extendía un largo cordón de casi cincuenta metros desde la reja de entrada hasta el corredor principal de la capilla. Josué se llevó las manos al rostro en una reacción de aflicción, se jaló los cabellos y finalmente se cubrió por completo con las cobijas. Fue descubriéndose poco a poco, se incorporó y tomó asiento en la orilla de la cama. Se mostraba absorto. El frío era intenso, pues, al exclamar *¡Tiene que saberlo! ¡Tiene que saberlo!* una gran cantidad de vaho abandonaba sus pulmones para escapar por su boca. Se colocó unas pantuflas; tomó una de las cobijas de su cama y se cubrió con ella. Después, cogió —introduciendo su dedo índice a través de la oreja— un pequeño candil de cobre, y salió del dormitorio; cerró la puerta, colocó éste en una pequeña mesa hallada junto al muro muy cerca de la puerta de su habitación. Se abrigó aún más con la cobija, tomó el candil y comenzó a caminar sobre el lóbrego pasillo. Recorrió un largo y angosto camino; al final, subió unas escaleras en espiral. Se detuvo a media escalera, dio un pequeño giro, como queriendo regresar y abortar la pía misión: la campana sonó una vez más, por lo que de un salto continuó subiendo hasta llegar a un nuevo corredor. Se colocó ante la puerta del dormitorio de su guía espiritual y se dispuso a tocar. La campana sonaba con mayor insistencia. Llamó a la puerta con toque suave: *¡Padre Ramiro! ¡Padre Ramiro!* No hubo respuesta. Esperó un momento, y al no escuchar nada, insistió: *¡Padre Ramiro!* Al no obtener réplica del otro lado, Josué giró la

manija, ésta se hallaba sin seguro. Abrió muy despacio la puerta y entró a la habitación. El viento que provenía de una gran ventana abierta por completo y hallada a un lado de la cama apagó de inmediato el fuego de la vela. Un resplandor de luz lunar alumbraba parcialmente la habitación. Hizo un lugar entre la mesa de centro para la lámpara que sostenía empujando ésta contra una gran cantidad de pequeñas figurillas e imágenes religiosas. Dejó la cobija sobre la cama y se acercó a la ventana: observó, entonces, cómo el Padre Ramiro ayudaba a una mujer de morrocotudo amarre de cabello sobre la cabeza a saltar una pequeña barda de piedra para que así lograrse partir.

Josué giró para observar la habitación: sobre el buró se encontraba una botella de licor abierta y dos copas: la cama estaba completamente revuelta. Exclamó con un tono lento, pero que denotaba mucho asombro: *¿Padre Ramiro...?!*

Un magno candelabro Menorah que ofrecía un bello grabado en bajorrelieve de la escena «la mujer de Lot» en la base de los ramales (imagen misma muy parecida al retrato de la mexicana que pareciese huye a bordo de un tren durante la Revolución Mexicana, y que el padre Ramiro estimaba tanto porque —según su propia exégesis— éste se explicaba como un exhorto franco a no volver nunca la vista atrás) sostenía crasos cirios y permanecía todavía humeando sobre un enorme y negro escritorio de madera: el viento, hacía unos instantes, había extinguido caprichosamente seis de las siete deflagraciones... con solemne peculiaridad por lo que sólo era el brazo central el único que blandía un desfallecido fuego.

Josué volvió a la ventana y observó que afuera ya nadie se encontraba. Se apresuró a salir de la habitación, tomó el candil y cerró la puerta. Avanzó de regreso sobre el pasillo ahora sin luz que le iluminase el camino. Con una mano sostenía el candil apagado y con la otra se guiaba deslizándola por sobre el áspero muro. Se detuvo al instante que sintió un

intenso frío, y murmuró: “¡La cobija!”. Regresó vertiginosamente a la habitación del Padre. Abrió la puerta, entró, tomó la cobija de la cama y salió cerrando la puerta detrás de él. Se escucharon algunos pasos aproximarse. Josué caminó rápidamente y se colocó dentro la hondura de un arqueado dintel de la habitación contigua; permaneció allí hasta que escuchó el abrir y cerrar de la puerta de la alcoba del Padre. Retomó el camino a su cuarto de dormir. Al llegar cerró la puerta de manera muy silenciosa, colocó la lámpara sobre el buró y dejó la cobija sobre su cama.

12:17 A.M.

Luisa, por su parte, salía de tomar un baño y se disponía a preparar la cena. Comentó a su único gato: *Es demasiado, todo está cada vez más caro y el bendito dinero que nos dejó mi madre a duras penas si alcanza para mal vivir... Y ni siquiera he podido recuperar el candelabro para empeñarlo o no sé. ¿Pues qué otra cosa puede tener más valor en esta casa?*

En ese momento alguien llamó a la puerta con toque espaciado...

— ¿Quién es? —preguntó Luisa asombrada ya que no era muy común que alguien llegase a buscarla...

—Perdone que le moleste, estoy buscando a la señorita Antelma —se escuchó del otro lado una voz masculina de viso maduro.

— ¿Quién es? —preguntó ella nuevamente.

—Busco a la señorita Antelma.

— ¿Quién la busca? Aquí no vive.

Un fuerte golpe se escuchó. Luisa brincó de susto llevándose una mano al pecho cuando la imagen del Cristo se rompía en mil pedazos al chocar contra el suelo...

— Sé perfectamente que aquí no vive...

— ¡Esteban, bájate de ahí...!

— ¿Puede repetirlo?, no lo escuché —exclamó Luisa al momento en que Esteban saltaba del altar después de quemarse la pata y de haber tirado la imagen al suelo y la veladora sobre la mecedora de Esperanza. Ya ésta comenzaba a encenderse por la parte del asiento.

—No puedo ayudarle si no me dice quién la busca —le advirtió al hombre. Después tomó un trapo y corrió a apagar el fuego que comenzaba a arder.

—Sé perfectamente que aquí no vive, que reside en el apartamento de abajo. Pero nadie abre —insistía el hombre... resonando el eco de sus palabras en los oscuros pasillos de la vecindad.

— ¿Qué no ve que la puerta tiene candado?

—Es por eso que vengo con usted para que me dé razón de...

— ¡Razón de qué! ¡Ande pues, vaya y dígame al padre Ramiro que devuelva lo que no es suyo, y así tendrá lo que desea! —fijó su postura Luisa... Segundos después se escuchó sólo el ruido de los azulejos flojos crujir debido a los pasos del hombre cuando bajaba por las escaleras.

*¡Vaya visita tan inesperada!* —comentó Luisa a su acompañante, mientras éste, con su lengua áspera, se quitaba la cera de la pata chamuscada—. “...Antelma” *¡Ja!* —rió después.

Luisa se dirigió al balcón para mirar desde arriba, esperó algunos segundos: sólo alcanzó a ver salir del edificio a un hombre que vestía un traje recto de color oscuro, sombrero del mismo tono (que no permitía mirársele el rostro) y zapatos de charol.

*Ha cruzado la acera, camina como si deseara que nadie lo mirase* —comentó con tono de preocupación a Esteban, quien ya se había colocado junto a ella y miraba a la calle entre los barrotes del balcón.

Mientras tanto Josué, una vez dentro de su dormitorio no dejaba de pensar en lo acontecido en la alcoba del Padre Ramiro. Así pasó largo rato, cuando de un salto se levantó, cogió una muda de ropa y se cambió. Se sentó a la orilla de la cama; se inclinó y sacó de debajo de ésta un par de zapatos y se los puso. Tomó del perchero un abrigo, un sombrero y la bufanda de Luisa. Sustrajo una llave incrustada en la chapa de su viejo ropero del cual pendía una argolla con una vasta cantidad de pequeñas y grandes llaves todas ellas pertenecientes a las distintas puertas del edificio, y salió de la habitación.

Una vez fuera del templo, corrió el enorme pasador de la reja, dispuso y cerró el candado y se alejó apresuradamente mientras se abrigaba bien con ambas manos.

Minutos más tarde Josué introducía su mano para tratar de apartar la tranca, y con su hombro empujar el pesado portón de la vecindad donde Luisa vivía.

Subió con paso suave las escaleras del edificio, mismas que se abrían en abanico desde el patio a los pisos superiores. La luz de una luna bastante crecida daba exactamente

encima de la fuente del patio del edificio. (Dicha fuente, hoy seca como el cartón, estaba revestida de espléndidos mosaicos azul mar; permanecía al centro del patio padeciendo la indiferencia de la mayoría del vecindario desde que Anita —la hija más pequeña de Gertrudis— se ahogó hacía ya diez años mientras se llevaba a cabo la boda de la hermana mayor de ésta en la iglesia del pueblo. Fue una situación muy lamentable: la pequeña había advertido a su madre sentir una enorme picazón en la cabeza; al ser ignorada y no resistir más la molestia —y entre el alboroto de la boda— salió corriendo hacia la vecindad para entrar a toda prisa al baño de su casa. Al no haber agua corriente decidió enjuagarse la cabeza en la fuente por lo que perdió el control y cayó al interior sin que hubiese alguien que la auxiliase. Se ahogó a los pocos minutos. Desde entonces la fuente nunca más volvió a ser puesta en funcionamiento. Y no sólo eso: doña Gertrudis, en cada aniversario de la tragedia, instaba a los vecinos para retirar del patio «la fuente del diablo» —como ella la denominó—. Su demanda ignorada, ya que dicha fuente había pertenecido a la capilla de “Las Margaritas”, misma que durante la Revolución fue tomada por asalto para escondite de los villistas e incendiada poco después durante la batalla con las tropas militares. De la capilla no quedó más que la fuente, ésta fue trasladada en cuatro partes a la vecindad a petición de un profesor de primaria muy respetado por la comunidad y que había morado en la vecindad hasta el día de su muerte tan sólo una semana después del deceso de Esperanza. Fue por ello que algunos de los residentes se opusieron tozudamente a que la fuente fuese destruida o retirada de la vecindad.)

Josué caminaba por los pasillos sin saber exactamente a dónde dirigirse, pues desconocía en qué apartamento vivía Luisa. Sabía, sí, que moraba en alguna de las viviendas de la parte frontal del edificio, ya que recordaba haberla visto asomarse desde su balcón, pero no sabía con exactitud qué puerta tocar.

Caminó en silencio. La vecindad se encontraba en total calma. Subió, después, a la azotea y observó la calle desde arriba: ¡Vaya demencia la tuya, mujer! ¡Pobres gatos! —rememoraba.

Sin darse cuenta pateó una botella con licor abandonada en el piso; el ruido que produjo al rebotar y raspar contra un suelo erosionado provocó en él un pánico terrible. Imaginó que alguien subiría y se percataría de la presencia de “Josué”, el acólito y subordinado del padre Ramiro: «¿Qué haces aquí, muchacho? ¿No me digas que vienes a buscar a la hija de Esperancita? ...Pero sí bien podría ella ser tu madre... Has de estar muy enamorado para no importarte perder el favor de Dios» —fraguó en aguda especulación Josué presa del temor.

Se apresuró a esconderse debajo de unos lavaderos no sin antes levantar la botella. Se escondió bien. Se ocultó muy bien. Nadie subió. Él, tan melancólico y abatido por la decepción que menoscababa la religiosidad de su autoridad eclesiástica inmediata y, en consecuencia, la suya propia, decidió abrir la botella: con un gesto de aborrecimiento le dio un primer... ese primer trago de toda su vida.

Luisa, para entonces, ya dormía. Una vez más sus ojos se movían desesperados. Miraba en su interior todas aquellas imágenes que el sueño proyectaba en su mente y en las que buscaba insistentemente una explicación, tal vez una salida... mismas de las que sólo obtenía ilegítimos lenitivos. Para ella la introspección era, según sus propias palabras, como mirar el mar por medio de un lente que permite observar toda la profundidad, toda aquella inmensidad que no puede verse con los ojos abiertos. “Mirar para adentro”, decía.

Luisa, por lo general, tenía un sueño que la atormentaba por su reiterada aparición. Se trataba de una circunstancia en la cual siempre acontecía la misma historia; en donde el mismo personaje aparecía una y otra vez para torturarla con su sola presencia.

En éste «testarudo sueño» —como ella le llamaba— y que tenía poco más, poco menos de veinte años de manifestarse, aparecía un personaje de su vida pasada al cual ella había dejado de ver desde el mismo lapso: consciente de estar en una casa que le pertenece a ella —y que no es siempre la misma— Luisa echa a gritos y amenazas al tipo que osa por querer quedarse a vivir en ésta, además de pretenderlo con enorme desfachatez y descomunal petulancia a pesar de una Luisa que despliega a los cuatro vientos un rotundo rechazo y aborrecimiento por él. Incluso, en sueños, ella ha tenido que salir en varias ocasiones en busca de alguna autoridad para, con su ayuda, lanzar tan lejos como sea posible a tan indigna visita. Sin embargo, el personaje no deja de aparecer siempre en el silencio de la noche. Bien pueden transcurrir varios meses para que esto ocurra nuevamente.

Josué, por su parte, permanecía oculto, ahora, dentro de una pila vacía en la azotea de la vecindad. Había perdido el sombrero y la bufanda mientras buscaba refugio. Se hallaba escondido como un secreto, sí: agazapado de sus propios temores, y asido fuertemente de una botella cuyo contenido comenzaba a serenar poco a poco aquellos espectros que se batían locos en su endeble espiritualidad y que desordenaban su juicio: espectros de glotonería y desenfreno; de intemperancia y concupiscencia, hasta hoy todavía en tregua.

Pronto se encontraba ebrio, delirante. Repasaba una y otra vez la imagen de Luisa con las piernas entreabiertas tumbada sobre aquel césped como cama y Edén al mismo tiempo. Como tierra prometida legada por Dios.

Conocía perfectamente las Sagradas Escrituras... Y ahora, borracho, cavilaba que, al igual que su jerarquía superior sacerdotal (el Padre Ramiro), merecía él también recrearse

en el interior de la “simonía” que había llevado a poblar la Tierra desde los tiempos de Adán y Eva.

Algo se interpuso entre la fluorescencia solar consentida por una complaciente y bravucona luna, y sombras recorrieron perezosamente el rostro de Josué; de inmediato éste levantó la mirada: un par de gatos vagaba por la orilla de los muros que sostenían varios tinacos de asbesto. Comenzó él a estornudar. Se percató de que uno de ellos (Esteban) arrastraba la bufanda de Luisa, mientras el otro lo seguía tratando de atrapar con las uñas los hilachos que pendían de los extremos de la prenda, lográndolo en momentos. De inmediato el muchacho salió de un brinco de la pila y trató de alcanzar la bufanda, sin éxito: “¡Gato miserable!” —exclamó mientras comenzaba a estornudar sin control.

Esteban caminó por la orilla del muro con la bufanda entre los afilados colmillos, dio un salto a uno de los lavaderos y corrió hacia la barda que daba a la calle, subió en ella y permaneció en el borde de ésta por unos segundos. Al ver a su perseguidor aproximarse el gato pegó un último brinco al árbol más próximo y bajó entre las ramas. Esteban descendió un piso del edificio a través del árbol y se introdujo —con trofeo en dientes— entre los barrotes del balcón del apartamento de su dueña. Josué todo lo observó. Segundos después éste tocaba a la puerta de ésta.

Luisa, con el cabello aún mojado por el baño que había tomado poco antes, se incorporó de la cama para atender al llamado de la puerta y que entre sueños había escuchado. La humedad adhería el cabello a su rostro, sus ojos fijos denotaban una reflexión vacilante, pero los subsecuentes toques de puerta despejaron toda duda de haber sido éstos escuchados dentro del sueño o fuera de él.

—Y tú ¿qué haces aquí?

—Tenía razón, el Padre Ramiro peca con la hija de don Porfirio.

— ¿¡Peca!? ¿Y cómo pudiste saberlo? Se comenta que Carmen partió el día de ayer a la ciudad en busca del padre de su hijo... —señaló Luisa, para luego retractarse de inmediato: “mmm... o quizá sea sólo un chisme y en realidad nunca haya salido de San Idilio, ¿verdad?... A mí me pareció haberla visto por la mañana... ¡Sí, era ella... sin duda...!”

—Eso ya no importa. No quiero volver más a esa parroquia. ¿Me permitirá...

— ¡Deja ya de hablarme de “usted”, que no soy ninguna anciana!

— ¿¿Me permitirás...

— ¡Deja de gritar!

— ¿m-e p-e-r-m-i-t-i-r-á-s e-l p-a-s-o o q-u-i-e-r-e-s q-u-e v-e-a-n q-u-e e-l a-c-ó-l-i-t-o d-e l-a i-g-l-e-s-i-a d-e-l p-u-e-b-l-o s-e e-n-c-u-e-n-t-r-a a l-a-s p-u-e-r-t-a-s d-e l-a c-a-s-a d-e l-a h-i-j-a d-e E-s-p-e-r-a-n-z-a?

— ¡Y dale con “Esperanza”!

—Y que además conjeturen: *¿Qué hace él aquí? No vendrá a buscar a la hija de Esperanza, ¿verdad? ...Pero sí bien podría ella ser su madre... Ha de estar muy enamorado como para no importarle perder el favor de Dios...*

— ¿Has perdido la razón? —interpeló Luisa.

Josué quiso dar un paso dentro y ella, con una mano sobre su pecho, lo detuvo con descortesía.

— ¡No!, debes volver a la parroquia.

— ¡No debo volver! Si tú quieres puedo cederte el lugar para que permanezcas a su lado. Él también odia a los gatos... —Y al odio le murmuró—: A los gatos más pequeños les pone trampas en la tierra para que caigan; una vez dentro cubre la excavación con más tierra y brinca sobre ella para apretujarla. Según dice, es la forma más práctica de

deshacerse de ellos: «es muy sencillo; es su trampa y su tumba a la vez. No tienes que preocuparte por deshacerte del cadáver, sólo rellenas la excavación con la misma tierra, la comprimes un poco ¡y listo!».

— ¿Eso hace? ¿Los sepulta vivos...? Viejo loco...

—...Es como arrojarlos desde las azoteas...

—Estaba borracha.

Y mostrándole la bufanda a Luisa, Josué afirmó:

— Esto es tuyo.

— ¿Qué haces tú con eso? ¿Acaso me has estado espiando? ¿Me has venido siguiendo? ¿Tratas de reunir pruebas, según tú?

— ¡Claro! ¡No sólo inmolaste a esos pobres gatos, sino que también te embriagabas con alcohol!

— ¿Con qué otra cosa podría embriagarme, nene? ...Además uno logró escapar.

—Mal herido.

—No podría estar “bien herido”. ¡Anda, hazlo! Por mí puedes ir y decírselo a “Su Santidad” en este preciso momento si así lo deseas.

— ¡Ja!, ¡qué lista!...Si lo que no quiero es volver a verlo.

Se escucharon pasos subir por la escalera. Luisa cogió del abrigo al joven para hacerlo entrar.

—Buenas noches, hija —exclamó don Regio con voz ronca y pausada.

—Pero mire cómo anda, apenas si puede sostenerse...

—Traigo un par de botellas del mejor mezcal. ¡Me las regalaron en la Hacienda de la Penca por haber logrado jinetear a una potranca jija del demonio! —Josué, detrás de la puerta, se persignó.

—...Puedo invitarte un trago... si tú me invitas a pasar.

—No, gracias, ha sido usted muy amable conmigo. ¡Buenas noches!

—Lo puedo ser aún más.

—Le repito: no gracias. Ha sido suficiente para mí.

—”Nunca es suficiente”... ¿recuerdas?

—No sé de qué me habla.

—¡Anda!, toma la que gustes. Ambas te conceden la gracia de hablar con el que está allá arriba. ¡Y aquí está su caporal!

Nuevamente, con los ojos encendidos como linternas, Josué se persignó. Y Luisa, dudosa por uno instante, no perdió más tiempo en aceptar el presente, abrirlo y darle un ingente trago.

Don regio, con paso inestable, continuó su camino abrazando la botella como si fuese lo único que le quedase en la vida.

Al cerrar Luisa la puerta y la mirada de Josué atravesar como jabalina las pupilas negro-obsidiana de ella, ambos se dirigieron tomados de la mano rumbo a la alcoba —antes de Esperanza— allanando así un territorio pudibundo por décadas e imponiendo un nuevo orden concupiscente. Permanecieron allí... invariablemente expuestos, recíprocos, mutuos sobre la cama y hasta el amanecer; embriagados uno del otro al trasiego del destilado, obsequio del único *caporal de Dios*.

...Los rayos de sol irrumpieron paulatinos a través del ventanal iluminando espesamente una piel moza, blanca pero brillante y cubierta de vello en su mayor parte. Asimismo, comenzó a subir la radiación solar por sobre una piel más cobriza, tersa... apenas virgen. Ambas dermis saciadas de transpirar con inconfesable raptó una de otra durante toda una noche y hasta poco antes del asalto astral.

Ella se levantó. Ya de pie contempló sobre la cama un cuerpo en armonía con sus proporciones, perfectamente compensado en su disposición corpórea. Al bajar un poco la mirada y reflexionar unos cuantos segundos, instó al joven a moverse un poco para así poder retirar la sábana blanca que cubría el colchón:

“¡Anda, muévete Josué! ¡Necesito cambiar la sábana!”

Josué, con la resaca infringiendo todo su poder sobre él, sólo se dignó a girar lo suficiente como para que ella pudiese retirarla.

\*\*\*

*...Y deme, también, un centavo de epazote...*

Luisa guardaba ya la masa y el queso dentro del saco de mandados. Recibía de manos de la Tuerta un par de aguacates y entregaba dos pesos con veinticinco centavos como pago. A la tienda entró la señora Inerme, madre de Graznapio.

—Señora Inerme, ¿qué me cuenta ahora? —le saludó la Tuerta.

— ¿Ya vio, doña Cálida (verdadero nombre de la Tuerta) cómo lo de los gatos siempre sí resultó de mal agüero?

Luisa salía ya del negocio, no obstante, dio la vuelta haciendo como que olvidaba alguna compra más, para de ese modo poder escuchar...

—No sé nada. A ver, cuénteme...

— ¡Ah!, lo olvidaba. También me llevo una veladora de vaso de vidrio... —pidió Luisa.

La Tuerta se recargó sobre el mostrador tratando de aplanarse con la punta de los dedos los bigotes herencia de su padre, (viejo matón al que le habían cortado una oreja y obligado a tragarla una vez que suplicaba perdón arrodillado frente al marido de Indigna y cabecilla de la policía municipal. Esto, simplemente por haberla ayudado a montar su caballo y encenderle un cigarro. Claro que don Tenorio, padre de La Tuerta, se lo tenía bien merecido, pues no era raro escuchar la cantidad de historias que se contaban acerca de sus conquistas con mujeres primordialmente viudas a causa de los levantamientos revolucionarios de la época).

—Sucedo que el joven acólito desapareció; no lo hallan por ninguna parte... Sabe de quién le hablo, ¿no? —continuó doña Inerme.

— ¡No me diga! ¡¿Josué?! ¡Claro que lo conozco! Le encantan las empanadas de queso con epazote y aguacate. Siempre viene aquí a hacer sus compras...

— ¿Me pediste algo más, Luisa?

— ¡No, es todo!, gracias... —contestó y se retiró logrando escuchar: *El Padre Ramiro ya dio parte a la Ayudantía, pues, según él, el chico no suele abandonar el servicio religioso, y menos salir de noche.*

“Ahora sí que nos quemar vivos” —pensó Luisa al tiempo que, por su torpe y presuroso andar, los tacones de sus zapatillas se hundían entre las piedras que adoquinaban la calle.

*Qué has hecho... El pueblo entero busca al muchacho... El Padre Ramiro miente en cada misa... Te quemarán por «concupiscente»... Lo hiciste sobre la*

*cama de Esperanza, el espejo fue testigo... ¿A dónde irá él...? ¿Es que en realidad odias a los gatos? Estás bebiendo mucho alcohol... ¿Fraguaste una supuesta virginidad?* Y así, perenemente, el pensamiento de Luisa jugueteaba con la poca paz que en él residía.

El enorme y ondulado espejo del gran ropero estaba siempre ahí como objeto de sinuosos recuerdos. Reproducía para ella la incesante imagen del batirse cuerpo a cuerpo con el joven de La Parroquia del Ascenso de Jesús, santuario mismo en donde había sido ella presentada en brazos de sus padres ante Dios con el nombre de Ana Luisa.

\*\*\*

...Poco menos de las doce del día marcaba el reloj francés, mejor conocido como «el reloj de Benante». Esta maquinaria era uno de los varios orgullos del cual, en cualquier oportunidad, el pueblo presumía poseer en lo alto de la torrecilla a dos aguas de su Ayudantía.

El reloj había llegado a San Idilio gracias a la intervención de Benante, un relojero español ya finado y a quien su hora le llegó de una complicación al miocardio justo cuando una madrugada el pajarillo del *cucú* salió a anunciar las doce en punto, precisamente el día en que cumpliría él ochenta años de edad...

Allá por 1999 don Benante, “el relojero”, había gestionado la donación de un hermoso reloj («El Gran Reloj» como se le bautizó en Suiza, país de origen) en uno de sus viajes a Francia, y convenido con el también relojero, Pierre Faure-Dumont lo siguiente: “Cualquier ciudadano francés, en cuanto pise el pueblo de San Idilio será declarado visitante distinguido y se le proveerá de mujer, alimento y alojamiento”. Dumont, que se

encontraba harto de la insistencia de su colega por llevarse el reloj a México, aunado a tener los tímpanos destrozados por el repicar de las campanas de las decenas de relojes que había reparado y reparaba en las torres de los templos católicos habidos por toda Francia y parte de Europa, entendió que el español en venganza por no acceder al regalo le arrebataría a su joven mujer, así como su trabajo, además de dejarlo en total despojo; por lo que dijo a Benante: “Has de llevarte el Gran Reloj a México o a donde gustéis: pero mi mujer, mi trabajo y mi casa se quedan aquí, en Francia”. Benante, encogiéndose de hombros, empacó el reloj y ordenó su embarque a través del Atlántico, viaje que duró 44 días. Una vez en territorio nacional pidió el apoyo de la Secretaría de Gobierno para trasladar la carga. Por tierra y dentro de un camión del ejército mexicano éste llegó por fin a su destino.

A Benante le llevó cerca de cien días trasladar así como echar a andar El Gran Reloj para que, precisamente el 31 de diciembre y, marcando las doce de la noche de 1900 bajo una fiesta sin precedentes colmada de pompa y juegos pirotécnicos, se llevara a cabo su inauguración. A partir de ese momento y año con año el júbilo del pueblo se desborda, en tanto se recuerda a don Benante, el relojero.

En el ambiente de San Idilio se respiraba una aparente avenencia, pues, en su saber subrepticio, la comunidad empezaba a conmocionarse por la repentina desaparición de «el joven parroquiano».

En un cielo azulino se encontraban suspendidas cualquier cantidad de nubes con toda colección de figuras. Todas elaboradas por vapor de agua en su materia y por un artífice viento en su forma; eran de un blanco intenso e impalpablemente obesas... Un clima

bochornoso comenzaba a ser arrastrado de las colinas, mismo que generaba un sentimiento de exquisita crueldad y dulce estupro... por lo que vendría.

Luisa había regresado de las compras luego de haberle preguntado a Josué qué deseaba como desayuno. Pues ella, feliz y motivada por la evocación de aquel aliento fresco combinado con el suyo propio mediante embelesados besuqueos dispuestos durante toda noche, se regodeaba con ignotas juventudes y vastas voluntades... Optimismo ciego de su mundo presente; suma de graciosas contradicciones y placenteras dolencias. Ella mantenía, aún en su cuello, la fragancia del joven, y no deseaba que se disipase en conjunto con el sudor que su cuerpo comenzaba a manar debido al incipiente calor que se dejaba ya sentir en San Idilio.

\*\*\*

—Has de saber que se ha corrido la voz acerca de tu desaparición, lo han vinculado todo con el hecho de los gatos y...

— ¡¿Ves?! ¡Te lo dije! —reclamó Josué con cierta sumisión en su mirada.

— ¿...que me dijiste qué?

— ¡Qué todo San Idilio está loco! ¡Vaya guasa que se jugó aquél atrevido que bautizó con tal nombre al pueblo!

Luisa sacaba las compras de la bolsa y comenzaba a preparar las empanadas que Josué le había pedido.

—No sé. Aquí no puedes permanecer, tendré que lanzarte a la calle.

Josué miró con toda desconfianza y preocupación a su interlocutora, ya que, cuando a Luisa le apetecía caprichosamente ser categórica lo lograba al cien por ciento sólo con esconder un poco su rostro y fijar la mirada en lo que se encontrase haciendo.

— ¡Ya sé, te quedarás en casa de Antelma!

— ¿Y ésa quién es?

— ...Tendremos que esperar la noche para poder entrar...

— ¿Quién es Antelma? ¿No recuerdo a ninguna persona en el pueblo con ese nombre?

— ¡Antelma! ¡Antelma! ¡Antelma!

— ¡No! No quiero ir a ninguna parte. Quiero permanecer contigo...

Luisa soltó una carcajada: “¡Ja! No, hijo mío, te equivocas...”

¡Toc, toc, toc! Doña Maraña —como se le conocía en la vecindad por los líos en que se metía y metía a los demás, así como también por llevar siempre una cabellera en donde bien podía anidar media docena de pájaros— llamaba a la puerta...

Las miradas de ellos se encontraron nuevamente, pero esta vez con esa colosal abertura de párpados que sólo deja ver terror, indecisión y muy poca fe.

Luisa vaciló en contestar, dio unos cuantos pasos hacia la puerta para luego regresar al mismo sitio hecha un botín de espanto. Entre tanto, Josué se quedó inmóvil, sentado ante la mesa y con el labio inferior entre sus dientes.

Respiró ella profundamente, como quien toma aire antes de saltar a la profundidad de un mar en caos; para luego decir: *...no será Dios*. Y abrir.

— ¡Luisa! Todo está cada vez peor. Primero los gatos, ahora el chico de la parroquia.

—Pero ¿qué les ha sucedido?

—Josué ha desaparecido... Y por si fuera poco ha salido una comitiva de lugareños con la intención de atrapar a los gatos del pueblo y quemarlos a todos; así que no permitas que Tino y Esteban *salgan afuera*.

— ¡¿Qué?! ¿Pero están locos? ¿Y el Padre Ramiro no hará algo para evitarlo? Tino acaba de morir.

— ¡Qué va! El Padre Ramiro es el primero en defender la causa —y bajando más la voz, señaló—: aunque a mí me parece que es más con la intención de calmar los ánimos del pueblo. Acá entre nos, dijo que: “Como vicario eclesiástico de San Idilio, primero está el bien moral entre sus pobladores que la fatalidad en el vaticinio de las «criaturas de Leviatán»”, como siempre ha llamado a los gatos. Dijo también, palabras más, palabras menos, que “...al menos en San Idilio, todos los gatos se irán a las *calderas de Pedro Botero*”, sabrá Dios quién sea ése...

— ¿A las calderas de quién?

—...de don Botero, dice...

Luisa:

—...Creo haber oído de él. Parece que no sólo quemaba gatos, sino que también hacía vino con su sangre y botas con su piel... Alguna vez el Padre habló del tal hombre durante la misa...

—Pues sabrá Cristo, pero todo el pueblo está turbado y azorado por completo. A ver si no vienen a pedir que les entregues a Tino y Esteban.

—Te digo que mi Tino murió.

—Pues ahí se lo dices a ellos, a ver si te creen. Bueno, pues yo ya te avisé —sentenció doña Maraña dando la vuelta y haciendo un ademán a manera de «yo no sé, o, estás advertida». Y finalmente señaló: “Esconde bien a tus gatos...” Luisa cerró la puerta.

— ¿Crees que alguien sospeche de que estoy aquí? —preguntó Josué al salir del dormitorio que había sido habilitado como taller de costura y en donde tomó refugio ante la inoportuna visita.

—No lo creo así.

Esteban salió detrás de Josué. Los dos se quedaron observando fijamente al gato, después volvieron sus rostros e intercambiaron una profunda mirada muy a la manera de un duelo frente a frente en el que el primero que bajase la vista perdería. (Ya la noche anterior, un tanto borrachos, uno y otro habían sostenido un par de estas *batallas contemplativas* donde Luisa había obtenido siempre la victoria por sobre una aguda, insistente y poco huidiza mirada de Josué. Era un escenario apenas inventado por ambos, un enclave listo para comenzar a ser recorrido en par: un juego, más que de poder, experimento metafísico

que los llevaba hasta el límite de sus propias consecuciones e introspecciones por medio del otro.)

Luisa advirtió:

—Si es verdad lo que dice esta mercachifle de habladurías pronto vendrán a tocar para que les entregue a “los gatos”, según ella... Alguna vez sucedió algo similar: recuerdo que en una ocasión les dio por desaparecer todas las velas y veladoras de color rojo. Todo porque...

—...una de las hermanas del sacerdote, anterior al Padre Ramiro, había incendiado el altar (a falta de candelillas) con una veladora roja que había hallado en el antiguo sagrario, cuyo espacio fue utilizado como cripta del antecesor de aquél (mismo que se sentía atraído por la práctica de exorcismos, dentro y fuera del pueblo). Por lo que, a partir de tal hecho, las velas rojas fueron consideradas como un anatema y entendidas como parte de los rituales maléficos dentro de la actividad de la hechicería —concluyó la anécdota Josué.

— ¡Así es! Y por lo que casa por casa solicitaban que se les entregasen todas y cada una de las velas y veladoras de otro color que no fuesen blancas. ¡Pobre de mi madre! Recuerdo que en aquella ocasión se vio en un verdadero dilema, pues ella poseía un candelabro Menorah, herencia de su abuela, con velas tan grandes como cirios y todas rojas. No supo qué hacer y, aunque las velas estaban casi negras por el tiempo, les consideraba una reliquia ya que mi bisabuela encendía dichas ceras únicamente por algunos minutos en cada uno de los aniversarios póstumos de su querido esposo y padre de

Esperanza, mi madre...Y bueno, al final no tuvo más remedio que entregarlas, dado que en alguna visita del sacerdote a esta casa ella misma lo había enterado de esta posesión.

—...por lo que esta casa fue la primera en ser visitada, además de que, en una acción de suma prepotencia, se llevaron las velas con todo y candelabro. —completó, Josué, nuevamente, la historia.

—Tristemente —dijo Luisa.

—...y el candelabro es muy grande y aún permanece en...

— Sí, ciertamente es muy grande. ...Y permanece en la parroquia, ¡claro!  
—interrumpió Luisa—. ¡Dime! ¡Tú puedes ayudarme a recuperarlo!

— ¡Ni loco! Lo tiene en su alcoba; y pretender entrar allí es poco menos que tratar de ingresar al Vaticano. Conozco la historia; y precisamente la noche de ayer pude verlo en su dormitorio.

— ¿Ah, sí? ¿Cómo? ¿No dices que es casi imposible entrar allí?

—Seguro, pero, mmm... No importa. Sucede que está en su alcoba y, al parecer, lo utiliza para sus prácticas paganas.

— ¿Y qué más viste, Josué? ¿Cómo supiste lo de Carmen y el Padre? ¡¿Qué viste, Josué, dime?!

Josué se echó para atrás muy atemorizado.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas Josué?

— ¿Así te llamas, ¿no?

— mmm..., pues sí. Entré a su dormitorio. Todo estaba desordenado. Había una botella de vino y un par de copas sobre uno de los burós; y... algunos cajones de uno de los muebles totalmente abiertos.

— ¡Sí, sí, sí! ¿Pero los agarraste en el acto?

— ¡No, claro que no!

— ¿Entonces qué viste?

— Había una gran luna...

— Eso lo sé.

— ¿Lo sabes?

— ¡Claro! No hay noche que no salga a ver cómo se encuentra la luna.

— Sólo vi la ventana abierta y a él a lo lejos ayudando a saltar la barda a una mujer con el cabello recogido.

— ¿Y cómo sabes entonces que se trata de Carmen?

— ¡Bah! No puede ser nadie más.

— ¿Y eso?

— No quiero hablar más.

— Está bien. Pero, ¿y el candelabro?

— Ya no sé nada.

— ¡Me lleva la chingada! ¡Tú me vas a decir cómo recuperarlo!

— “¿Me lleva la chingada?” Estás loca, ese candel...

— ¡Tú me vas a decir cómo recuperarlo, te digo! ¡Y si no, puedes salir por esa puerta en este preciso momento!

Josué no respondió una sola palabra. Se quedó mirando a Luisa; sintiéndose vapuleado y enérgicamente amonestado.

Así pasaron la tarde: planeando el asalto en el que Luisa se introduciría a la alcoba del Padre Ramiro para recuperar, no sólo una herencia solariega, sino algo que le significaba aún más: el símbolo bíblico que tanto la marcó cuando siendo muy pequeña había llevado, metódicamente (como lo hacía desde siempre en lo que atañía expresamente a sus asuntos personales) su «año bíblico», el cual había constado en leer —todos los días sin paréntesis alguno— determinados capítulos: empezando desde el libro del Génesis el día primero de enero para terminar con Apocalipsis 22 el día treinta y uno de diciembre de 1926.

—Verás: la hora apropiada es entre las ocho y las nueve de la noche. Es cuando el Padre termina la misa de siete y se encierra bajo llave en la biblioteca a hacer... nadie sabe qué, hasta cerca de las diez. Se rumora que se bate en oración, otros más dicen que estudia las Sagradas Escrituras, pues él cree no poseer el conocimiento tal que le permita ser tan respetado como lo es el diácono del curato de San Graciano, con quien siempre ha tenido rencillas acerca de la interpretación de los libros de Daniel y Las Revelaciones. La verdad es que nadie sabe nada con certeza y, puesto que tanto la puerta trasera como la frontal fueron hechas con madera de caoba de casi diez centímetros de espesor, además de estar

perfectamente lacadas, sólo él y Dios saben si en el interior de la biblioteca se cumple o deja de cumplirse con su Palabra. Se rumora, también, que escribe un libro acerca del *Pentateuco* y su relación con La República de Platón... ¡mira si no ha de saber...! Seguro que domina el tema lo suficiente como para convencer al ateo más renuente que le pongan enfrente... Y si lleva o no en práctica todo su conocimiento ya será cosa de Dios o el Diablo.

— ¿Del Diablo? ¿Por qué del Diablo?

—El Enemigo siempre está al acecho. Tentando la voluntad del hombre cristiano, como lo hizo con Job.

—Sí, claro, lo sé. Leí la Biblia entera a mis trece años —respondió Luisa.

—También lo sé. El Padre Ramiro, en ocasiones, llegaba a comentar algo referente a eso.

— ¿En verdad? ¿Y qué comentaba?

—Ya sabes, con esa voz con sonido de palo seco: “La hermanita Luisa, la hijita de Esperancita, la zurcidora, ha leído la Biblia en su totalidad siendo apenas una niña... Ya ni las personas más ancianas de este pueblo... que se van a la tumba sin siquiera haber tenido las Sagradas Escrituras nunca en sus manos”.

— ¡Qué va! Mi madre no era ninguna “zurcidora”. En tal caso: modista. Siempre se vistió y me vistió gracias a su bendito oficio. Puedes ver, este conjunto y toda mi ropa ella la fabricó, a pesar de sus ojos como cielo nuboso y de sus manos entumecidas por la artritis...

— ¡Bueno, bueno! ...como iba diciéndote: entrarás por el callejón que está entre la iglesia y el aserradero de don Madero. Este camino te llevará a la milpa desde donde podrás saltar la barda de piedra que da a la parte trasera de la parroquia. Deberás tener mucho cuidado, pues don Madero, desde su enfrentamiento con el Padre Ramiro, siempre está al pendiente de lo que ocurre dentro de la parroquia.

— ¿Qué sucedió?

—El problema se dio cuando, apenas llegadito a la parroquia, el Padre Ramiro quiso “expropiar” parte del terreno del aserradero alegando que la madera que ahí se trabajaba provenía de manera clandestina de los ejidos que se encuentran a las afueras del pueblo, cosa que no estaba lejos de ser verdad. A veces el Padre Ramiro tiene el espíritu para velar por el bienestar común y por el de la tierra «con minúscula y con mayúscula», como él mismo dice. Y aunque muy reservado que lo tenga, es partidario de Zapata, porque en ocasiones, cuando trae sus pulques encima, explica por qué éste «se halla muy por encima de los verdaderos ideales de Villa». Comenta que Zapata realmente luchaba por la liberación de la tierra, por tanto los indios eran quienes debían poseerla. En una ocasión don Madero casi se le va encima al Padre en una de las varias reuniones que tuvieron en la Junta de Conciliación, pues éste también comenzó a exponer las “infracciones” de aquél, y bueno, la cosa no paró en nada bueno. A partir de tales hechos ambos comenzaron a “respetarse”, por convenir así a sus propios intereses... claro está.

Josué continuaba explicándole a Luisa (sobre un plano que él mismo había esbozado en un tramo de papel del que Esperanza utilizaba para trazar la confección del vestido) prácticamente toda la arquitectura de la parroquia de la Asunción, misma que

data del siglo XVIII y pertenecía a la Orden Franciscana. La parroquia era bien conocida por Josué: desde niño había andado por sus corredores y paseado por sus jardines. Él se escondía en todas y cada una de sus doce habitaciones. Había permanecido encerrado en la biblioteca cuando no quería ver a nadie (lugar de punición donde el Padre Ramiro lo encerraba cuando cometía alguna falta —según su consideración—: le hacía sentar frente al inmenso escritorio en donde, por dos o tres horas, tendría que leer por entero, en orden y hasta su siguiente infracción, un libro de los Deuterocanónicos y aprendérselos casi de memoria). Incontables veces, Josué se divertía dejando caer algún juguete desde lo alto de una de las torres para bajar después a toda velocidad por las escaleras, levantarlo, subir y hacer lo mismo una y otra vez. En una ocasión que hacía lo dicho con un muñeco de felpa con figura de ratón, un feligrés (que lo observaba desde afuera mientras transcurría la misa) se levantó de su lugar, tomó del suelo el muñeco y se marchó a toda prisa sin que el pequeño pudiera hacer más que ver cómo aquél «des-graciado» se alejaba... Por lo que Josué bajó las escaleras y caminó lleno de asombro hasta la reja de entrada. Se quedó de pie, ahí, sólo mirando, sin decir nada... Consintiendo pesadamente en su párvulo saber que sí, efectivamente en esta realidad debía de coexistirse, asimismo, con la adversidad. No dijo nada más y trató, con algún mecanismo intelectual de autodefensa, de olvidar tanto aquél desastroso acontecimiento como a su estimado ratón de felpa. Para Josué, y no sólo por su saber deliberado sino por instrucción expresa del Padre Ramiro, debía entender la adjetivación “des-graciado” como la ausencia de gracia, de gracia divina en todo individuo al desamparo de Dios.

\*\*\*

Corría la tarde. Y la noche se precipitaba con toda su pesadez. Se percibía en el ambiente cierto desorden colectivo. El aire traía consigo miasma a caos que no podía ser disimulado.

— ¿Podríamos, entonces, pensar que el chico volvió a la Ciudad de México en busca de su madre?

—No podría afirmarlo, pues nadie le vio comprar un billete ni subirse a ningún tren —respondía el Padre Ramiro ante la pregunta del regidor.

—Mire, Padre, la gente aquí en San Idilio es muy supersticiosa, le pediría que si sabe usted algo más lo hiciera de mi conocimiento, ya que no nos gustaría que el pueblo se volcase en un disturbio y agarrasen a cualquier infeliz para recuperar, con su linchamiento, la certidumbre que a estas horas los lugareños rezan porque les sea devuelta. Usted me entiende...

— No sé a qué se refiere, con todo respeto, señor regidor.

— Claro está: es lo mejor. ¿Para qué saber?

—Ya es demasiado tarde, señor regidor. ¡A estas horas sabe Dios cuántos gatos habrán sido capturados ya para, se dice, solicitar mi consentimiento y poder quemarlos aquí, en el atrio exterior a modo de expiar todos los pecados que en San Idilio se han cometido! Y no lo condeno del todo, pues es bien sabido que los gatos son de mal agüero... A entender del pueblo: tanto los gatos negros “caídos” sobre la peregrinación (como los mismos ángeles de Satán, y él mismo), como la desaparición de mi hijito Josué, que lo

tengo conmigo desde que era tan sólo un mozalbete, es a razón de la maldición que ha descendido sobre San Idilio.

Y no estaba lejos el Padre Ramiro de creer sus propias palabras, puesto que, a pesar de experimentar un desasosiego crónico derivado de someros escrúpulos que aún se estremecían en su saber acerca de la posible inexistencia de Dios, su animadversión por los gatos lo llevaba a consentir el sacrificio que el pueblo pretendía llevar a cabo. (Era lo que él mismo denominaba, en su muy intestina indagación, su «coyuntura dubitativa» a todo tema que tuviese que ver con su expresa religiosidad.)

— ¡Padre Ramiro! ¡La gente del pueblo se arrima para acá con decenas de gatos encerrados dentro de una jaula que el mismo señor Herrera ha forjado! —anunció Guacho, el chiquillo que decoraba a pincel las lápidas de las tumbas en el panteón del pueblo, además de encargarse de regar las flores y podar el pasto por un peso semanal.

— ¡Lo ve Padre, esto se ha salido de control! —señaló el Regidor levantando la mano en dirección de donde se aproximaba la turba—. ¡Tiene usted que hacer algo!

— ¡Vaya inmediatamente por la caballería! —instó el Regidor a su intendente dándole un golpecillo en la espalda. Éste, al ver a la multitud aproximarse se echó para atrás diciendo: “¿No sería mejor que fuera usted?”

Tanto al Padre, al Regidor, como al intendente les sobrevino un temple vacilante que los hizo echarse adelante en grupo hacia la entrada de la iglesia para encontrarse con la muchedumbre que se aproximaba poco medrosa de Dios.

—Han de detenerse. La casa de Dios no se profanará con hechos tales...  
—pronunció con poca autoridad en su voz el Regidor para inmediatamente colocarse detrás del Padre quien, estupefacto y volteando a mirarlo impresionado pero conmovido a la vez, le hiciera segunda:

—Si bien queréis, podéis sacrificar a los gatos en la Huerta Marchita...

Dicha huerta no era de una extensión muy grande. Por lo mucho consistía de una hectárea, y obtuvo su nombre hacía ya más de un cuarto de siglo cuando un grupo de jornaleros, en su paso hacia a la frontera norte, pernoctaron en aquella tierra asentándose por algunos días en el lugar sin que nadie se percatase de su presencia. Los jornaleros, quienes buscaban el sueño americano y se encontraban hambrientos debido a un exhaustivo éxodo desde la frontera sur, terminaron con gran parte del plantío de frutas y legumbres, ya que prepararon una vasta carga para el viaje, más lo que habían ya consumido durante su permanencia. Al darse cuenta la comunidad de su atraco, organizaron una emboscada y tomaron a cuatro de los cinco hombres para quemarlos vivos en la huerta; uno logró escapar. Desde el momento de la ejecución la huerta quedó “maldita”, y no volvió la tierra a dar fruto alguno. Fue por ello que recibió el nombre de La Huerta Marchita. Posteriormente ésta fue cercada y sólo se utilizaba en “ocasiones especiales”.

Los gatos maullaban desesperados dentro de la jaula y hacían todo lo posible por salir de ella. Parecía que, de juro, el demonio se había apoderado de ellos.

— ¡Permítanos quemarlos en el atrio exterior! —se escuchó otra voz—. ¡Usted alguna vez comentó en misa que el atrio exterior fue levantado con el propósito de sacrificar a los herejes!

— ¡Eso sí que no! ¡Jamás dije cosa igual! Ciertamente, durante alguna misa dominical, expliqué que el atrio exterior, y mientras sucedía la Colonia, fue una disposición de la nueva arquitectura conventual que serviría para oficiar misa a los indios no bautizados, que eran todos. ¡Nada que para sacrificar pecadores ni mucho menos herejes, como decís ustedes! No os confundís. Además, ¿pretendís así quemar una cruz atrial que data del siglo XVIII?

El Regidor, mucho más calmado y con una actitud clara de evitar tal holocausto, dijo a la multitud:

— Como regidor de San Idilio, y, ante la autoridad eclesiástica aquí presente, les exhorto a pensar mejor las cosas y devolver esos pobres animales a sus dueños.

— ¡Pero si fue el mismo Padre Ramiro quien urgió a la gente para llamar en contra de estas bestias! Además, cómo vamos a saber cuál gato es de qué dueño, si todos son iguales. Y muchos de ellos son gatos negros, ¡de mal augurio! —respondió don Facundo, un mediano terrateniente que, tratárase de lo que se tratara, siempre llevaba la voz cantante para cualquier acontecimiento que involucrase «la tierra que tanta sangre costó a sus progenitores defender al ser echadas las tropas porfiristas».

El Intendente, por su parte y al ver la cantidad de gente, se quedó petrificado sin pronunciar una sola palabra.

— ¡Marchémonos de aquí! —gritaban algunos pobladores—. ¡Marchémonos de aquí y quememos a estos gatos en la Huerta Marchita!

La muchedumbre tomó camino hacia la huerta llevando —como si se tratase de un emperador romano— la jaula de los gatos: cuatro hombres sosteniéndola en sus cuatro extremos con dos vigas.

El Regidor, sin decir una palabra y denotando harta molestia, tomó del hombro a su intendente para marcharse inmediatamente dejando al Padre de pie frente a la parroquia.

Aquella noche, y desde cualquier punto del pueblo, podía apreciarse la humareda que se alzaba desde la huerta: una colosal emanación de humo que no era otra cosa más que restos de huesos, vísceras y pellejos de gato.

\*\*\*

—...Una vez que hayas saltado la barda y entrado al jardín, encontrarás cinco ventanales, tres de ellos se hallan al centro de dos grandes columnas que tienen cada una un pequeño (se dice que original) Quetzalcóatl ahora incrustado al pie de éstas.

—Parece muy sencillo —contestó Luisa. Su rostro mostraba desconcierto.

—Tendrás que trepar colocando las puntas de los pies entre las piedras volcánicas del muro hasta alcanzar una cornisa lo bastante amplia como para poder pararte frente al ventanal central. Del piso a la cornisa ha de ser una altura aproximada de metro y medio. La ventana puede abrirse con un leve empujón, ya que el seguro se dañó una vez que un busto de Martín Lutero (que el padre Ramiro adquirió en uno de sus viajes a la Ciudad de México) salió volando por el ventanal durante una discusión con un obispo italiano que visitaba la parroquia y quien censuraba la manera reformista de proceder del Padre.

Josué continuó...

—Te recomiendo que tomes el pequeño pasillo que corre entre los arbustos y el edificio. El pasillo es muy angosto y comienza en cualquiera de los dos extremos del matorral; ya que si pretendes cruzarlo para llegar al ventanal puedes encontrarte con algún alacrán que te cierre la garganta con su veneno o con un sapo de no muy buen ver...

—...mmm... Mejor hazlo tú. Tú conoces bien el lugar... —sugirió Luisa retrayéndose recelosa.

— ¡Por supuesto que no! ¿No sabes que yo he “desaparecido” de San Idilio? ...y así quiero permanecer... ¿Acaso no quieres recuperar el candelabro de tu bisabuela y con el que ahora el Padre Ramiro alumbra románticamente sus noches de felonía?

— ¿“Felonía”... dices?

— Son las palabras que él usa. ¡Bah! No importa... Una vez arriba de la cornisa empujarás ambas ventanas con fuerza moderada, recuerda: con fuerza moderada, pues puedes caer dentro con tu propio impulso. Llegarás, entonces, a una enorme sala de juntas. Trata de caminar con cuidado porque la madera cruje con los pasos... Te percatarás de que todo estará en calma. Saldrás de la sala. El dormitorio del padre Ramiro se encuentra al final del pasillo, en la última puerta a tu derecha...

— ¿Así de sencillo?

—No, antes tendrás que pasar por la llave del dormitorio del padre Ramiro que se encuentra enterrada inmediatamente en la orilla de una pequeña maceta que...

—...de una maceta que se encuentra al final del pasillo... —interrumpía Luisa, con sorna.

— ¡No!, una maceta que está sobre mi escritorio.

— ¿Sobre tu escritorio?

— ...que está en mi recámara...

— ¿En tú recámara? ...Me está dando miedo...

—El paseo apenas comienza... Caminarás primero el pasillo a tu izquierda hasta dar con las escaleras en espiral, las descenderás. Andarás hasta llegar a la tercera puerta. Ten, aquí están las llaves...

— ¿Ninguna de éstas abre la puerta del dormitorio del Pad...?

— ¡No! La llave que te digo se halla enterrada inmediatamente en la orilla en una pequeña maceta que está sobre mi escritorio, en mi dormitorio... Oh! —asintió con melancolía Josué— ...Será raro: tú en mi aposento, sola. En aquellas tinieblas que sitian todas las noches ese cuarto mío, antes dispuesto como calabozo... Aquella habitación en donde todas las tardes, cuando niño, me dejaban encerrado poco antes del oscurecer, no sé por qué... Durante todos aquellos atardeceres cuando, a través de un vidrio faltante en la ventana, veía y escuchaba a los niños divertirse afuera (a veces se acercaban a hablar conmigo, después ya no; ya sólo me observaban con total misericordia). Recuerdo que el terror se agudizó cuando, en una de aquellas tantas noches, quise mirar hacia fuera a través del pequeño hueco y, ¿cuál fue mi sorpresa?: el vidrio había sido reparado: mi único contacto con el exterior fue cancelado. Entonces, no me quedaba otra más que mirar perenemente aquel enorme candelero que pendía del techo... con sus gotas de cristal; gotas

que a veces se movían sin razón de ser como queriendo caer sobre mí... como grandes lágrimas... Hasta que me vencía el sueño.

— “...como grandes lágrimas...” —convino Luisa con él, mientras una colisión de miradas frías se daba en aquel espacio.

Josué continuaba rememorando para Luisa aquel capítulo de su vida pero ya sin rencor evidente, sin encono o tirria alguna en su hablar. Ella no se acercó a él de manera compasiva ni de ningún otro modo, dedujo, atinadamente, que Josué no demandaba piedad. En sus ojos vio un enarbolamiento de sensatez, como estandarte que se iza sobre un gran atalaya, sobre una construcción de gran cimiento hecho de piedras arrojadas violentamente después de una gran erupción.

Josué levantó la mirada y contempló a una Luisa que no dejaba de verlo, sentada frente a él, echada hacia delante y con las palmas de las manos juntas en medio de sus piernas en posición de rezo. Él, con una sonrisa malévola dijo subiendo el tono de la voz: “¡Por eso no le tengo miedo a la oscuridad! ¡Por eso puedo andar en completa penumbra por los corredores y pasadizos de la parroquia, incluso por sus túneles... y por los de la vida misma si así lo quiero!”. Después advirtió con socarronería: “A lo único que le temo es a encontrarme con alguno de esos malditos animales que luego merodean aun dentro de la casa de Dios”.

— ¿Hablas de ratas?

— ¡No me atrevo siquiera a mencionar su nombre!

— ¿No le temes a la oscuridad de los pasillos y túneles de una iglesia del siglo XVIII pero le temes a una rata?

—Una o mil son lo mismo.

—Claro, entiendo. Yo tampoco puedo siquiera verlas —confesó Luisa al tiempo que un escalofrío se apoderó de ella, haciéndole estremecer.

— ¡Bueno, bueno!, parémosle ahí. Iré a la tienda por leche y pan para cenar, ¿te parece? Ahora eres mi invitado, y mi madre me enseñó a ser amable con ellos. Sirve que me entero de cómo están las cosas afuera. No dejes salir a Esteban, no hagas ruido ni le abras a nadie, así tiren la puerta. Acuérdate que de ahora en adelante tendrás que vivir en casa de Antelma.

— ¿En casa de Antelma? ¡Bah! Yo quiero quedarme aquí, contigo.

—No, vivirás en casa de Antelma hasta pensar qué haremos, pues las cosas en el pueblo no pintan fáciles.

*Mejor me hubiera quedado en la iglesia. ¿Qué vine a hacer aquí? ¡Carajo!* —pensó Josué verdaderamente afligido mientras Luisa salía y sólo se escuchaba cómo aseguraba la puerta por fuera.

Un ambiente apesadumbrado se sentía transitar por las aceras de arcilla comprimida; iba y venía por sobre las calles de San Idilio adoquinadas con pedrusco. Sus pobladores caminaban por la calle con impaciencia en el rostro, cargando en sus espaldas con una parte de toda aquella tribulación que embargaba al pueblo. Nuevamente un martilleante desequilibrio golpeaba la ya naturaleza abrupta y juicio insensato de sus habitantes. Su

costado más próspero y civilizado se mecía hasta colisionarse con su flanco más bestial y agreste. De modo automático y sin ser consciente de ello, los idilienses llevaban en el lomo todo aquello que no les servía, todo cuanto no les repercutía en ganancia para la vida: íntegro escenario de crimen, furia y arrebato que propiamente detestaban pero que al mismo tiempo buscaban de modo inconsciente dada la idiosincrasia que la historia y el tiempo habían depositado en cada uno de ellos.

Afuera en el ambiente reinaba una estricta fetidez. En San Idilio se inhalaba el olor de la impericia de un pueblo que con las horas regresaba, de su natural barbarie, a su estadio de aparente serenidad.

\*\*\*

00:33 a.m.

La vecindad se encontraba en calma. El candado de la vieja puerta del apartamento de Antelma presentaba cierta dificultad a pesar de haber sido introducida la llave correcta. Josué se había lastimado la mano tratando de forzar el aldabón. Luisa introdujo nuevamente la llave en el candado y éste cedió... el pestillo fue corrido. Ella fue la primera en pasar; instó al muchacho a hacer lo mismo. Josué miraba su herida con presunta autoconmiseración tratando con ello de causar en Luisa la suficiente congoja como para obtener su piedad y lograr así que no lo abandonase a su suerte en aquel desconocido apartamento.

— ¡Anda, pasa! —urgió a Josué.

—No lo sé, quizá deba volver a...

Doña Maraña salía de su vivienda. En cuanto se escuchó su puerta abrir, Josué dio un paso adelante y Luisa, con mucha cautela, cerró la puerta de la casa.

— ¡Calla! ¡Eres un niño!

—Creo que es mejor que regrese a la parroquia antes de que esto se complique.

—Más complicado ya no puede estar. Ayúdame a encender esta vela; y ven, acompáñame a echar un vistazo por la casa, Antelma desapareció a hurtadillas y nadie sabe nada de ella.

— ¡Antelma! ¡Antelma! ¿Quién es esa tal Antelma, que en mi vida he sabido de ella?

— ¡Baja la voz! Aquí sólo podrás hablar para ti sin pronunciar palabra.

A la luz de la vela se dispusieron a recorrer la estancia. Comenzaron por la alcoba.

—Todo parece estar en orden —dijo Luisa—. Aquí dormirás.

De Josué no se escuchaba ni el respiro. Únicamente su mirada, en conjunto con el ilusorio anhelo de pasar el tiempo a lado de Luisa, descendía pesarosa hasta impactarse contra el suelo.

En la alcoba, como en todo espacio del apartamento (y en suma con la totalidad de la vecindad) cohabitaba un rústico letargo. El tiempo, en cada rincón, llegaba tardío a los sentidos de sus moradores por lo que la memoria se perturbaba en su lucha por albergar un juicio correcto o recuerdo cualquiera.

Recorrieron después la segunda y tercera recámaras que la propietaria de la casa utilizaba, una como taller de costura y otra más como bodega.

Luisa levantó silenciosamente una silla para tomar asiento e invitó a Josué a hacer lo mismo. La luz de las lámparas públicas permeaba a través de las ventanas e iluminaban tenuemente el interior del recibidor del apartamento. El rostro del muchacho insinuaba desasosiego, treta que Luisa repelía con un disimulo artificioso introduciendo las uñas de una mano por debajo de las de la mano opuesta para extraer las impurezas de éstas. A través de sus deslucidas retinas la mirada de Josué protestaba, suplicaba misericordia. Su alma, despojada de hálito, reñía con su espíritu para lograr unir los vestigios de razón diseminados sobre los empedrados senderos de su interior huérfano.

—Prefiero soportar los rozamientos de los vastos pechos de la religiosa Candela sobre mis hombros cuando trata de explicarme cómo realizar los quehaceres de la parroquia —señaló Josué.

— ¿Eso hace la muy añosa?

—Nada de eso. Pareciera que trata de aparentar mayor edad con la intención de alejar de sus pechos las miradas de los decanos... no sin dejar de complacerse con que los jóvenes comenten con sigilo al hacerse notar sus morrocotudos pezones en los días fríos.

— ¿Quieres decir que le gustan los mocitos?

—La señora tiene a bien cuidar su persona. Se sabe que por las noches de luna llena suele subir y bajar las escaleras del campanario durante aproximadamente una hora, y todo

para mantenerse en forma. Lo chancero de todo es que lo hace con hábito y toda la cosa, lo que no pocas veces ha resultado en un buen susto para algunos parroquianos.

— ¿Y cómo para qué hacerlo en noches de luna llena?

—...Especulamos que de otro modo no habría luz suficiente que iluminase los escalones a través de las escotillas de la torre.

— ¡"Especulamos"!

— ¿Qué?

— No, nada. ¡Imagínate nada más encontrarte con aquel espectro merodeando por el campanario! —señaló Luisa, en quien se evidenciaba ya un rostro cargado de cansancio y cierta congoja; pues, como todo agobio, éste tortura siempre el rictus, subyuga el guiño, constriñe el entrecejo.

Continuó Josué...

—Todo sería mejor que quedarme aquí encerrado para siempre.

— ¡Bah! "Para siempre..." estabas condenado a deambular entre los corredores de esa parroquia de locos.

Con un gesto de rendición, Josué farfulló:

— ¿Y dónde se supone que dormiré?

— Ya te lo he dicho, muchacho: en el dormitorio de Antelma.

02:13

Luisa permanecía recostada en su cama con los ojos abiertos mirando, casi sin parpadear, el rugoso terminado del techo y con ello creando figuras imaginarias con la poca luz que se filtraba a través del ventanal.

Josué, por su parte, deambulaba descalzo por el apartamento de la desaparecida Antelma. Se sentía raramente excitado... Aunque, acostumbrado a la soledad, no lograba distinguir entre lo deseado a descubrir en un espacio desconocido y las desesperadas incógnitas de sus devenires internos. Se sentía entusiasmado sexualmente, arrebatado por un anhelo oscuro de no saber qué. Apetecía conciliar sus afecciones, ya fuese con fotos, cartas o alguna prenda íntima para así conocer lo más posible acerca de la enigmática Antelma.

Presas de una ansiedad intermitente (misma inquietud que paraliza, echa a andar y estanca una vez más el pensamiento) comenzó Josué por entrar al cuarto de costura; no obstante, al tener prohibido encender cualquier luz, corrió las cortinas para que entrase la exigua irradiación de las luminarias del exterior, tales que iluminaban una calle ahogada por el silencio.

Sobre una larga y delgada repisa se encontraba una hilera de carretes de hilo acomodados inmejorablemente en escala progresiva de colores: comenzando por el color blanco, amarillo, etc., *corrían de manera perfectamente proporcional de color y hasta la privación de éste: el negro* —pensaba Josué—. Un estuche de agujas presentaba el mismo orden: de la más pequeña, delgada e insignificante, resultaba hasta llegar a otras considerablemente grandes y retorcidas, como para suturar elefantes.

Así, un juego extendido de tijeras dentro de un cajón se sucedía una a una aumentativamente. Éstas eran de formas distintas: unas rectas, otras curvas o levantadas en su punta.

A Josué, bien por una crónica dolencia del alma (que lo conducía siempre a una angustiosa obsesión), bien por el particular juicio de su amplio saber evangélico, tanto orden evocaba en él una concepción escatológica de la realidad por parte de la dueña de la casa. Es decir, todo insistente orden evocaba en él, de modo inevitable, un principio y un fin; un alfa y un omega; Génesis y Apocalipsis.

Una máquina de coser con vasta cantidad de hilo entrelazado de un lado a otro como telaraña permanecía inanimada, como esperando ser echada nuevamente a andar por su dueña y entretejer, de ese modo, nuevas historias para ella. Una gigantesca cajonera de madera permanecía igual: fría, serena. Llamaba la atención de Josué no sólo el hecho de tener el apartamento la misma distribución y dimensiones al de Luisa y su madre, sino de poseer cosas muy similares y estar éstas acomodadas casi de la misma forma.

...Pero Antelma no estaba más; para entonces ella continuaba desaparecida y sabía Dios desde cuándo.

Ya un tanto soñoliento, Josué se dirigió a la alcoba de Antelma. Junto a la ventana se encontraba un enorme ropero idéntico al que se hallaba en la alcoba de Luisa. (Esto pudo advertirlo Josué pues, al estar con ella en el amor la noche anterior, constantemente volteaba al espejo para mirar el proscenio desde una perspectiva escénica.)

Así, en la habitación había dos amplias cajoneras más del mismo estilo.

En este preciso momento la zozobra sembrada en cada uno de los habitantes de San Idilio parecía exhumar el delirio vivido en los acontecimientos que se narraban en la carta que Josué tenía ya en sus manos y que había escogido de entre muchas otras halladas dentro de un pequeño baúl de madera tallada ubicado en la misma habitación. La falleba de dicho cofre pudo ser abierto una vez que una pequeña llave del enorme llavero de Josué franqueó la pequeña cerradura que mantenía reservado su contenido.

La carta, con letras bellamente escritas en el sobre había llamado la atención del joven; éstas se leían todas en mayúscula: “RELICARIO”.

*He aquí un testimonio místico, o mejor dicho, oscuro acaecido hace muchos, bastantes años en el pueblo de San Idilio y del que poco conocimiento se tiene (o se quiere tener).*

*Una mañana la policía había comenzado por rastrear el paradero de Xocoyotzin<sup>10</sup>. La búsqueda comenzó un día después de su desaparición. Los pobladores de dicha entidad estaban totalmente consternada: el pequeño de seis años de edad había nacido justamente en el aniversario 200 del pueblo de San Idilio, por lo que era considerado “hijo del pueblo”. Sucedió el año de 1876.*

*A la búsqueda se sumó gente de toda la comunidad. Por las noches una comitiva de hombres salía con escopeta al hombro y antorcha en mano a recorrer los alrededores del poblado hasta internarse en el bosque, en pesquisa del chico.*

---

<sup>10</sup>Xocoyotzin: El más pequeño.

*¿Quién pudo haberlo raptado? ¿Cuál podría ser el móvil de su desaparición? Un animal no pudo ser pues no se encontraron rastros de haber sido devorado. Asimismo, el secuestro era un hecho sin precedentes en San Idilio...*

*La búsqueda se realizaba casa por casa, comarca por comarca, monte por monte y cueva por cueva.*

*La consternación creció cuando la desaparición de Xocoyotzin se vinculó con un hecho acontecido varias décadas atrás: en manos de El loco Eusebio (un hombre mayor que en su juventud practicaba el ocultismo) y en un supuesto acto de magia, éste desapareció al pequeño Topiltzin<sup>11</sup> —un menor de la entidad— al que, se aseguraba, no pudo hacer volver. El penoso hecho no sólo culminó con el deambular de la madre noche a noche por todo el pueblo en busca de su hijo, sino también con el suicidio de ésta en el Lago de los Votos (del cual jamás se volvió a beber agua).*

“Jamás, nunca te acerques siquiera al Lago de los Votos, ¿escuchaste? Mucho menos pienses alguna vez en beber de su agua... Ese lago está maldito. ¿Entiendes?: ¡maldito!” —recordó Josué la constante sentencia que el Padre Ramiro le hacía. Continuó con la lectura.

*De profunda frustración y pena por no haber podido hacer “volver al mundo” al niño Topiltzin, el loco Eusebio se tiró al alcoholismo. Podía vérselo*

---

<sup>11</sup>Topiltzin: Nuestro niño.

*todo el tiempo en completo estado de ebriedad invocando fuerzas oscuras para tratar de materializar al chico que mucho tiempo atrás había él desaparecido.*

*El mismo Eusebio, al enterarse de lo que acontecía en el pueblo con el caso de Xocoyotzin, experimentaba, de algún modo, cierta responsabilidad con los hechos. Creía que nuevamente sus invocaciones habían tenido que ver con la desaparición del menor... y la gente del pueblo también lo especulaba. Por supuesto, no faltó quien quisiera atentar contra la vida de dicho personaje, mas el miedo a represalias en temas de nigromancia hacía retroceder a todo aquel que tan sólo se atreviese a pensarlo.*

*Rastro de Xocoyotzin no había.*

*Con el beneplácito del cura en turno, una noche los lugareños decidieron —nuevamente con escopeta y antorcha en mano— ir en búsqueda pero ahora de El loco Eusebio. El viejo, recostado en su fétido camastro, dormía profundamente cuando la comitiva irrumpió dentro de su choza para tomarlo cautivo.*

*Eusebio no se dio ni por enterado del asunto. Los litros de aguarrás ingeridos horas antes le impedían siquiera percibir su propia alma; con más razón, sentir los brazos de quienes lo trasladaban a la parroquia de la Ascensión de Jesús para hacerle confesar en presencia de Dios, una vez vuelto en sí.*

*A la mañana siguiente, mientras el interrogatorio se llevaba a cabo y Eusebio se retorció sobre la silla en la que se encontraba amarrado frente al atrio, la policía hallaba pistas de lo que podría ser el paradero del chico. Un antiguo relicario perteneciente a la difunta abuela de Xocoyotzin fue hallado en el*

*Lago de los Votos. Acuñado con el nombre de ella, un medallón se halló dentro de éste. La duda prevalecía, pues su muerte se había dado muchos meses atrás, y el relicario no presentaba más daño del que sólo unos días bajo el agua podían causar.*

*Xocoyotzin había vivido con su abuela desde los tres años de edad y a partir de la muerte de la madre de éste. Ella fue quien cubrió aquella gran ausencia y lo crió con amor. El medallón encontrado en el lago era la única herencia que la abuela le hizo para que, una vez teniendo la edad suficiente, pudiese venderlo e ir en búsqueda de su padre.*

*El chico conocía bien la historia de Topiltzin, y experimentaba una gran nostalgia por el dolor que había llevado a la progenitora de éste a tomar aquella decisión. Imaginaba, en momentos, que su propia madre hubiese hecho lo mismo, en el supuesto de haber sido él quien se hubiese visto en tal caso. Xocoyotzin abrigaba cierta admiración y respeto —incluso cariño— por la madre de aquél.*

*Xocoyotzin era la única persona que no presentaba temor por El loco Eusebio; incluso, experimentaba cierta simpatía por él. Procuró siempre, en la medida de lo posible, aproximársele con el objetivo de que pudiese ayudarle a cumplir su sueño más anhelado: reunirse con su madre.*

*El chico guardaba el relicario bajo la tierra. Había cavado un profundo agujero detrás de la casa. Envuelto en una pequeña pero gruesa bolsa de lona, el tesoro descansaba para cuando fuese necesario partir.*

*Producto del deterioro físico y mental, aunado a su larga edad y a la tribulación a la que fue sometido por los pobladores dentro de la parroquia, don Eusebio murió al día siguiente. Su cuerpo sin vida quedó atado a la silla confesionaria. A la tumba se llevaba la verdad sobre la desaparición de Xocoyotzin. Las personas involucradas en su muerte tendrían, ahora, que vérselas con una prevaricación más dentro de San Idilio.*

*Por otra parte, las autoridades —sin un probo bien cimentado y a causa de la presión tanto de los más allegados al chico como del pueblo entero— buscaba a toda costa a quien inculpar. La policía se dirigió, entonces, a la casa de El loco Eusebio para, de una vez por todas, encontrar “evidencia” alguna con la cual dar por finalizado el caso.*

*¡“El loco Eusebio ha desaparecido”! —se escuchaba por las calles de San Ocaso.*

*Mientras el resto del pueblo y la policía seguros estaban de que Eusebio se había marchado lejos en posesión de Xocoyotzin y con el objetivo de realizar alguna otra práctica de ocultismo con la cual poder expiar su alma, quienes estuvieron involucrados en la muerte de éste y el cura de la parroquia, ocultaban el cuerpo en una cripta ubicada en los sótanos del templo.*

Así sucedía la lectura de la carta, Josué caminaba lentamente del cuarto de costura hacia la estancia principal y de regreso una y otra vez sin despegar los ojos de las líneas...

*Ni la investigación realizada por la policía ni los rondines nocturnos de los pobladores servían para dar con el paradero del niño. Todo y nada se*

*especulaba. Toda posibilidad de poder localizarlo se desvanecía junto con cualquier esperanza, tanto de gente más próxima al menor como de habitantes y autoridades.*

*Una vez conocida la desaparición de El loco Eusebio se giraron instrucciones a las demarcaciones aledañas a San Idilio para su localización. Así, Eusebio y el niño eran buscados por varias localidades... pero nada, no se encontraba rastro de ellos.*

*Sucedió que años más tarde y sin tener jamás pista alguna que llevase, no sólo a la localización de Xocoyotzin sino a tener noticias sobre El loco Eusebio, regresó al pueblo el padre del chico.*

*Anselmo, como decano en las disciplinas de la brujería y vidente entrenado, se dirigió sin dilación al Lago de los Votos y vertió en él una poción. El compuesto no era otra cosa que un preparado destinado a purificar el alma de los niños mártires, aquellos quienes han decidido ofrendarse para consumir el reencuentro con la madre.*

*Padre Ramiro Montalvo.*

*¡Padre Ramiro!* —exclamó fuertemente Josué sólo después de encogerse de hombros y mirar a su alrededor profundamente intimidado al recordar que no debía alzar la voz.

Josué comenzó a dar vueltas por todo el apartamento. En momentos se detenía y se llevaba las manos a la cabeza como queriendo mesarse el cabello. De prisa volvió a la habitación en donde había hallado la carta.

*¡El relicario debe estar en alguna parte!* —se dijo en silencio Josué.

Mientras en la habitación de Luisa sólo se escuchaban profundos resuellos originados en el espectro de un hondo sueño, Josué trataba de abrir con las llaves de la parroquia todos y cada uno de los cajones y compartimientos posibles del mobiliario... Entonces halló otro pequeño cofre. Dentro de éste se encontraba un pequeño saco de terciopelo renegrido en el que, exquisitamente ornamentado con un bordado en letras rojas, se leía “Almario”. Josué desató el cordón que lo liaba y extrajo de él un relicario; dentro de éste justamente descansaba, sobre una cama de algodón tejido, un medallón con tres iniciales grabadas: “A.P.R.S”. Inmediatamente Josué relacionó tales iniciales con la vehemente devoción que el propio padre Ramiro guardaba a una de las criptas ubicada en la bovedilla de la parroquia y que tenía inscrito el nombre de Arnulfa Plácida Rómulo Santiago.

Josué seguro estaba de que se trataba de la reliquia de la que hablaba la carta escrita por el Padre. La incógnita ahora giraba en torno a qué hacían dichas cosas en casa de Antelma.

Josué se dedicó a buscar durante las siguientes horas evidencia alguna que diera testimonio de la identidad de la propietaria de la casa: no encontró absolutamente nada que hiciese referencia a tal persona. No había acta de nacimiento, manuscrito, título de propiedad o correspondencia alguna que llevase escrito mencionado nombre.

*Seguramente Antelma cogió todo documento que la comprometiese con su persona, por tanto el motivo de su desaparición —dispuso mentalmente Josué.*

Después de forzar la pequeña chapa de la garita (que guardaba un conjunto de pañoletas todas ellas bellamente decoradas con el nombre de “Antelma” en distintas formas, hilos y colores) perteneciente a una enorme cajonera y de extraerlo por completo, Josué encontró, ocultas, una enorme cantidad de cartas. Comenzó a leer una a una:

*Mía Antelma:*

*Seguido del habitual suspiro que me es arrancado en cada comienzo de una carta ofrecida a ti, quiero admitir que no hay día en que no medite en nosotras... indistintamente iguales siempre.*

*Tarde es, considero, para tener razón de ambas encarnadas en una sola y desde el día en que mamá murió (pausa en mi vida cuando la oscuridad cayó sobre las dos).*

*¿Es que no morarás ya en mí, «inscrita con sangre» Antelma? ¿Es que te has marchado para siempre, niña tonta? ...Pues a partir de la conquista de madre por el cielo te has extraviado... por lo que no hay más consuelo que escribirte una carta noche a noche.*

*La muerte de madre parapetos levantó entre nosotras y yo ya no me consigno «tú y yo» sino una impostora.*

*Así, mientras madre nunca supo de ti, siempre osaba consentirte al tejer aquella robusta trenza que tan pesada era para mí llevar a cuestras pero que tanto feliz te hacía.*

*Tino, tu gato amoroso, también murió una noche. Lo sepulté en el pozo aquel en el que cuando niñas me instaste a arrojarnos; no obstante mi naciente amor por ti me detuvo asiéndonos del alma para no sucumbir en complicidad.*

*Recuerdo aquel momento en que nos encontramos por primera vez: Tú, sentada sobre la cama de madre y ambas en el espejo de este enorme ropero... en el que hoy me miro sola. Dijiste: “Sé en qué estás pensando, Luisa; puedo adivinar la mente”. “¿Qué estoy pensando, Antelma?” —pregunté. “Piensas que la imagen del espejo no eres tú ni yo juntas” —señalaste, cuando ella en el espejo interrumpió: “Ciertamente estás pensando, Luisa, que —en desventura— sólo puedes mirar a Antelma a través de mí”, al momento que a la imagen del espejo respondí: “¡Tú sí puedes adivinar la mente!”*

Siete días y siete noches bastaron para que San Idilio volviese a rendir título de probidad a su nombre, y la gracia de Dios favoreciere una vez más y como siempre a su pueblo por distinción. El padre Ramiro personalmente hacía repicar con todas sus fuerzas las campanas de la capilla de la Asunción de Jesús para informar sobre el retorno del acólito Josué. Palabras de los labios del padre tropezaban enunciando jaculatorias de arrepentimiento y gratitud. El joven, por su parte, se encontraba arrodillado frente a la representación de Cristo y asido con firmeza del candelabro Menorah mientras que, con un rezo ferviente, protestaba rectitud y absoluta consagración en potestad de la Santísima

Trinidad ante la perpetua tentación del Maligno y la acometividad de sus criaturas de la noche.

Luisa fue despertada por el impetuoso redoblar de las campanas de la iglesia. Tomó camino al apartamento de Antelma llevando con ella pan y café para Josué. Colocó los alimentos en la mesa de centro al tiempo que observó que las puertecillas del balcón se encontraban abiertas de par en par. Caminó a toda prisa hacia la alcoba en busca del muchacho: sólo una gran cantidad de cartas desplegadas se hallaban sobre una cama perfectamente tendida.

